

# EL CABALLERO,

## O SEA

### EL EXPOSITO ILUSTRE.

COMEDIA EN CINCO ACTOS

*escrita en italiano por el célebre Señor Camilo Federici,  
refundida y arreglada en verso para uso  
de los teatros españoles.*

#### PERSONAS.

EL BARON TEODORO BELLARMATI.	LORENZO, cafetero.
EL MARQUES RICARDO BELLARMA- TI, su sobrino.	D. MACARIO, } señoritos.
D. FERNANDO, hermano del Mar- qués.	D. FLORENCIO, }
LA MARQUESITA ELEONORA, hija del Marqués Ricardo.	TRINQUIN, criado.
VESPINA, camarera.	PICARDO, otro criado.
D. TIMOTEO } DE LOS ARCOS.	UN CONSEJERO DEL DUQUE.
D. <sup>a</sup> HONORIA }	UN SARGENTO.
EL CABALLERO.	PABLO, criado de D. Timoteo.
	EL DIRECTOR DEL CONSERVATORIO DE HUÉRFANOS, que no habla.
	MOZOS DE CAFE, que no hablan.

LA ESCENA ES EN FIRENZA.



#### ACTO PRIMERO.

#### ESCENA PRIMERA.

NOCHE.

VESPINA Y EL CABALLERO.

ATRIO DE LA CASA DEL MARQUÉS CON  
VARIAS COLUMNAS DONDE PUEDA ES-  
CONDERSE UNA PERSONA; Á LA IZ-  
QUIERDA ESCALERA GRANDE, QUE  
INTRODUCE Á LO INTERIOR DE LA  
CASA; Á LA DERECHA SE VE LA PUER-  
TA DE UN PEQUEÑO APOSENTO: LOS  
ACTORES ENTRARÁN DURANTE EL  
ACTO POR EL SEGUNDO BASTIDOR DE  
LA DERECHA, FIGURANDO VENIR DE  
LA PUERTA DE LA CALLE.

*El Caballero, ricamente vestido, con  
capa blanca y sombrero elástico, se  
adelanta hácia la escalera; Vespina  
le precede, Trinquin está observan-  
do detrás de una columna, saca la  
cabeza cuando pasan, y sale á  
su tiempo.*

*Vesp. Psit.... por aquí, por aquí....  
Al Caballero.*

*Cab. Amor, protege mi intento.  
Ap. y sube con Vespina.*

## ESCENA II.

EL BARON Y TRINQUIN.

*Trinq.* Señor... Señor... salga usted.

*Dirigiéndose á la puerta del aposento de la derecha.*

*Sale Baron.* Qué hay, Trinquin?

*Trin.* Ya le tenemos. *Bar.* Entró ya?

*Trinq.* Toma! pues no?

Por señas que quien le ha abierto la puerta ha sido Vespina.

*Bar.* Quién, la camarera?

*Trinq.* Cierto.

*Bar.* Ay! ay Dios mio de mi alma!

la cosa se va poniendo

de mala data... Vespina!

Con que tambien anda en esto

Vespina!... Lindo! Trinquin?

*Trinq.* Señor.

*Bar.* Dime, cuánto tiempo

ha que dura esta nocturna

intriguilla? *Trinq.* Mes y medio

habrá que yo lo advertí.

*Bar.* Y lo has tenido secreto

hasta ahora? *Trinq.* Sí señor;

yo no me avergüenzo de ello,

ni usted se puede quejar.

*Bar.* Por qué?

*Trinq.* Porque estoy sirviendo

de criado, no de espía:

con que si alguna vez quiero

degradarme, me parece

que me es permitido hacerlo

cuando á mí me dé la gana.

Pero alguien llega... callemos.

*Bar.* Qué es callar? Oh! no será:

bastante duró el silencio:

ya es preciso atropellar

por todo.

## ESCENA III.

*DICHOS, Y VESPINA que baja por la escalera con alguna precipitacion, y con una llave en la mano.*

*Vesp.* Cerremos presto

la puerta, no tire el diablo

de la manta, y el secreto

se haga público.

*El Baron la va siguiendo, y á su tiempo la coge fuertemente del brazo.*

*Bar.* Detente. *Vesp.* Ay!... socorro.

*Vespina dando un agudo chillido, y dejando caer la llave por la sorpresa.*

*Bar.* Psit, silencio.

*Vesp.* Quién es usted?

*Bar.* Quién?... el diablo: me conoces?

*Vesp.* (Ay! qué veo! (ap.)

Este es el Baron Teodoro.)

*Bar.* Habla: dónde tan corriendo te dirigias?

*Vesp.* Señor, suelte usted por Dios.

*Bar.* No quiero.

*Vesp.* Pues esto es una violencia.

*Bar.* Menos pico, y apuremos

el negocio. *Vesp.* (Buenas noches; cayóse la casa al suelo.) (ap.)

*Bar.* Qué ibas á hacer?

*Vesp.* No lo sé.

*Bar.* Quién entró aquí?

*Vesp.* No le entiendo

á usted.... no sé nada, nada.

*Bar.* Pues, hija, ha llegado el tiempo de despedirte del mundo.

Cuatro buenos granaderos

harán que hables; ó al instante

van á llevarte á un colegio.

Hola! (Figurando que tiene los granaderos prevenidos.)

*Vesp.* Por amor de Dios, señor;

yo hablaré. (Poniénd. de rodillas.)

*Bar.* Que sea presto.

Ya sabes tú, Vespinita,

que para buenos soy bueno;

pero un diablo para malos:

levanta, yo te prometo,

si hablas verdad, el perdon,

y á mas mi agradecimiento.

*Haciendo sonar la plata de un bolsill.*

*Vesp.* Eh, á Dios fidelidad.

*Bar.* Vamos, dime, qué está haciendo allá dentro nuestra digna

Eleonora? *Vesp.* Señor, creo

que llora la pobrecita

su desgracia. *Bar.* Bueno! bueno!

Y llora con el amante?

Graciosísimo dueto

sentimental! Pero bien,

por qué anda haciendo pucheros?

*Vesp.* Señor, ya lo sabe usted, se empeñan en darle un viejo por marido; la pretenden sacrificar. *Bar.* Bien... me alegro... sacrificar!... y ella, usando del justísimo derecho de represalia, su honor sacrifica cuando menos: bravo, bravo!... *Vesp.* No señor, su honor es tan puro y terso como el mio. *Bar.* Ya se ve, no deja de ser de peso tu atestacion; pero veamos si es infundado el recelo. Quién fue el que entró ahora poco con tal recato allá dentro?

*Vesp.* Ah señor! el jóven mas amable del universo.

*Bar.* Pero quién es? *Vesp.* Solo sé que es ilustre Caballero... de un trato el mas noble y fino, siempre tan galan y atento....

*Bar.* Pues mira como te engañas. El hombre de nacimiento ilustre, nunca corteja á las damas en secreto, ni teme la luz del dia.

*Vesp.* Tal vez fundados recelos de una injusta negativa....

*Bar.* Pero sabrás á lo menos cómo se llama? *Vesp.* Yo no.

*Bar.* Lo sabrá Eleonora. *Ves.* Menos.

*Bar.* Oh, qué imprudentes, señor! dar acogida á un sugeto de quien ignoran el nombre!

*Vesp.* Nos hizo mil juramentos, que críticas circunstancias le obligan al silencio: pero prometió despues que dentro de breve tiempo saldriamos de la duda.

Al principio, no lo niego, nos daba que sospechar esta conducta; mas viendo luego su fina atencion, y sus modales honestos, juzgamos que era imposible que nos engañase. *Bar.* Bueno!

Con qué le creisteis sobre

su palabra?... Ah! qué talento! qué discrecion!... pero al caso. dónde se halla el *Caballero* ahora?... qué hace la chica? le recibe en su aposento?

*Vesp.* Qué dice usted! Dios nos libre!

*Bar.* Que sé yo.

*Vesp.* Si hay á lo menos mas de veinte y cinco varas de distancia.... El *Caballero* está abajo, y ella arriba, con que ya ve usted que....

*Bar.* Cierito: conozco que lo diriges todo con discernimiento. Y en eso de la distancia te has portado, porque... creo que la ocasion y el amor....

*Vesp.* Jesus! qué mal pensamiento! que dice usted de ocasion?...

*Bar.* Nada. Solo iba diciendo, que como la pobre es calva, se la coge de un cabello; y la que dió el primer paso dará el último á su tiempo.

*Vesp.* (Creo que tiene razon; *ap.*) pero en fin, á lo hecho pecho.) Tiene usted mas que mandarme? Me perdona usted? *Bar.* Primero me has de prometer que nadie sabrá que se ha descubierto el pastel; si la muchacha, su padre, ó el *Caballero*, entienden algo, no doy un cuarto por tu pellejo.

*Vesp.* Mire usted... soy muda, sorda, carezco de ojos y dedos, con que ya ve Vd... *Bar.* Muy bien: éntrate en este aposento, y no salgas hasta que te llame.... cuenta con esto.

*Vesp.* (Por fin salí del mal paso.) *ap.* Señor, yo le recomiendo *(alto.)* mi honor, y mi inocencia. Conozco que anduve en esto muy poco cauta; juzgué obrar con discernimiento, y me la calcé al reves. Perdon imploro de nuevo.

*Entra en el aposento de la derecha.*

## ESCENA IV.

EL BARON Y TRINQUIN.

*Bar.* Ah, mugeres caprichosas!  
nacidas para el tormento  
del hombre, y sembrar disturbios  
en las familias! comprendo  
que no hay ya de quien fiarse:  
pues la que por su talento,  
su educacion y su clase,  
debía ser un modelo  
de honradez, se ha degradado  
hasta el deplorable esceso  
de admitir á un seductor,  
que tal vez se está riendo  
de su vil credulidad....

El furor arde en mi pecho!  
yo conoceré á este hombre  
que empaña el honor escelso  
de nuestra ilustre familia.

Trinquin? *Trinq.* Señor.

*Bar.* Ahora es tiempo  
de acreditar tu valor.

*Trinq.* Nunca ví la cara al miedo.

*Bar.* Ya ves lo que está pasando,  
no puedo tener sosiego,  
hasta haber profundizado  
este terrible misterio.

El seductor peligroso  
á toda costa debemos  
conocer; de aquí no sale  
sin que sepamos primero  
su apellido, su nobleza,  
su calidad ó su empleo.

Tal vez se resistirá;  
entonces contigo cuento.

*Trinq.* Si no tiene alas, señor,  
será temerario empeño  
querer escapar; en fin,  
le tendrá usted vivo ó muerto.

*Bar.* Dámele vivo, Trinquin,  
y deja á mi cargo el resto.

*Sube Trinquin por la escalera de la  
izquierda.*

## ESCENA V.

EL BARON SOLO.

*Bar.* Qué desórden!. qué imprudencia!  
ó deplorables efectos  
de la educacion del dia!...  
Y mis sobrinitos!... bueno!

Llámenme ahora ignorante  
calumniador sempiterno  
de la juventud... muy bien,  
dentro de poco veremos  
quien echará el gato al agua.  
Todo es virtud para ellos,  
todo inocencia... insensatos!  
Por una parte de bueno  
que puede haber en el mundo,  
seguramente tenemos  
noventa y nueve de malo,  
yo así lo juzgo á lo menos,  
pues veo que á cada instante  
se nos ofrecen egemplos.  
Pero alguien llega.... Es Fernando;  
bien sabe Dios que me alegro.

## ESCENA VI.

*DICHO, D. FERNANDO, Y PICARDO  
que le precede alumbrando con un  
farol de á dos velas.*

*Picar.* Quién va?

*Bar.* Yo soy.... adelante.

*Fern.* Oh tio!... feliz encuentro!

*Bar.* A Dios, querido sobrino.

*Fer.* Señor, qué hace Vd. aquí dentro  
solo, y á obscuras?

*Bar.* Oficio  
de murciélago; paseo  
de noche, y duermo de dia;  
sigo la moda. Tenemos  
algo de nuevo? Has estado  
en la ópera?

*Fern.* Ahora vengo  
de allá. *Bar.* Qué tal?

*Fern.* Escelente:

la han celebrado en estremo.

*Bar.* Cómo no fue tu sobrina?

*Fern.* Porque su padre es un terco,  
que no quiere permitir  
que vaya á divertimientos,  
ni tertulias; se ha empeñado  
en querer evitar riesgos  
á la juventud.

*Bar.* Sobrino,  
*Dándole golpecitos en las espaldas  
con mucha intencion.*

tal vez los mayores riesgos  
no se hallan en los teatros,  
hay ciertos vicios secretos  
que falazmente se encubren  
con la capa del silencio.

*Fern.* La máxima será cierta,

pero aquí no viene á pelo.  
**Bar.** No viene? Puede que sí.  
**Fern.** Bravo!... acusacion tenemos!  
 Es acaso mi sobrina  
 de la calumnia el objeto?  
**Bar.** Calumnia! bueno!... calumnia!  
 Sobrino, te compadezco,  
 muy mozo eres; todavía  
 no conoces por de dentro  
 el mundo. **Fern.** No le conozco?  
 otros le conocen menos,  
 y son mas viejos que yo.  
**Bar.** Tal vez seré yo uno de ellos.  
 No es verdad? **Fern.** No digo tal.  
**Bar.** Sí, sí, vamos, lo comprendo.  
 Ah ignorancia! cuánto puedes!  
**Fern.** Hable usted pues. Qué hay de  
 nuevo  
 de mi sobrina? **Bar.** Qué? nada,  
 yo me equivoco, soy necio,  
 tú eres solamente el sabio,  
 el Caton de nuestros tiempos:  
*Rie á carcajada suelta.*  
**Fern.** Tio, no me toque usted  
 á Eleonora, ó reñiremos.  
**Bar.** Con qué reñiremos! Bravo!  
 Viva el admirable afecto  
 que la profesas!... sobrino,  
 no me saques á paseo  
 la lengua, mira que yo  
 puedo confundirte.... y debo  
 darte una leccion... **Fern.** A mí?  
**Bar.** A tí, si señor. **Fern.** Me alegro.  
 La recibiré con gusto  
 si viene al caso. **Bar.** Y á pelo.  
**Fern.** Será una verdad.... real....  
**Bar.** Esto se da por supuesto:  
 siempre he visto yo que ha sido  
 muy real lo verdadero.  
**Fern.** Ya que hablamos de verdades,  
 sin perderle á usted el respeto  
 voy á decirle una.... que....  
 tal vez....  
**Bar.** No, no, no me ofendo  
 de verdades; habla claro,  
 que pronto haré yo lo mismo.  
**Fern.** Pues, señor, desde que usted  
 se apartó del regimiento,  
 por su edad y sus achaques,  
 y se estableció en el seno  
 de nuestra familia, en esta

no se observa aquel sosiego  
 que reinaba anteriormente:  
 todo es confusion y estruendo;  
 se regaña, se alborota;  
 lejos de infundir respeto  
 con la bondad y el cariño,  
 se erije usted en severo  
 censor de nuestras acciones;  
 en juez, y tirano á un tiempo;  
 ni goza usted de reposo,  
 ni deja que le gocemos:  
 nada para usted es útil;  
 nadie para usted es bueno;  
 á su parecer de usted  
 esta familia es el centro  
 de la iniquidad; carece  
 de educacion; mi talento  
 es limitado; mi hermano  
 es un insensato, un necio;  
 mi sobrina una voluble;  
 los criados embusteros;  
 las criadas habladoras,  
 y chismosas; en fin, veo  
 que todo lo ofende usted  
 con ese maldito genio.  
 Usted solo es el sensato,  
 nosotros los majaderos.  
 Usted piensa, usted prevec,  
 usted tiene el privilegio  
 de no errar, mientras nosotros  
 sin reflexion cometemos  
 á cada palabra errores,  
 á cada accion desaciertos.  
 Considere usted, señor,  
 que no con duros desprecios  
 se consigue la confianza  
 de los demas, los defectos  
 se corrigen con dulzura;  
 y si cariño es el premio  
 que concede gratitud  
 á los corazones tiernos  
 y bondadosos, sepa usted  
 que el negro aborrecimiento,  
 y hasta el odio despreciable,  
 se consagra á los que necios  
 desconociendo sus vicios  
 insultan á los agenos.  
**Bar.** Bravo, amigo!... bravo, bravo!  
 Famoso sermon por cierto!  
 Pero llegó el turno mio,  
 y veremos.... mas qué es esto!

*Fern.* Oiga!... mi hermano Ricardo!..

ESCENA VII.

*DICHOS, Y EL MARQUÉS que baja por la escalera de la izquierda con bata y gorro, muy azorado.*

*Bar.* Tú aquí!... *Marq.* Tú despierto á estas horas? *Fern.* Qué sucede? Explicate, que hay de nuevo?

*Bar.* No nos tengas mas confusos.

*Marq.* Pues oid, y estremeceos.

Despues de cenar me fuí como siempre á mi aposento (que ya sabeis que en verano á las nueve y media ceno.)

Hice un rato de oracion, y me acosté; pero el sueño no quiso favorecerme

como otros dias: inquieto sin penetrar el motivo, cierto extraordinario fuego que en el corazon sentia, me obligó á saltar del lecho, y á abrir una ventanilla...

Lo creereis?... ó fuese efecto de la imaginacion viva, ó cosa real, lo cierto es que sobre el terraplen inmediato al aposento de mi hija Eleonora, ví á los débiles reflejos de la luna, cierta sombra agigantada, moviendo la cabeza á todas partes, y mirándome con ceño, como para amenazarme.

Yo quedé... asi.... medio lelo por la vision, y dudé si acaso estaba despierto, ó si soñaba; volví á asomarme, y con efecto, ví que la sombra seguia sus continuos movimientos: mas que crédulo, curioso, se me infundieron deseos de escudriñar cautamente que podria ser aquello.

Sálgome poquito á poco del cuarto; y apenas entro en el terraplen, la sombra

se adelanta hácia mi: luego retrocede, se levanta, se hunde, y al fin del cuento desaparece con ruido espantoso. Yo me quedo, ya podeis imaginarlo, atónito del suceso; hecho una estatua de piedra, en fin, temblando de miedo.

Quiero ir atrás y me caigo; adelante no me atrevo.

Busco la puerta y no la hallo; quiero gritar y no puedo; hasta que observando luz hácia esta parte, y oyendo vuestra voz, me determino á bajar, en el concepto de que en tan terrible duda me dareis algun consejo.

*Bar.* Ciertamente no podias buscar mejor consejero que yo, querido Marqués; pero sepamos primero que piensa de este incidente nuestro oráculo moderno?

*Fern.* El oráculo le afirma á usted que todo es efecto de imaginacion.... Qué sombras! ni fantasmas!... ni adefesios! ya el siglo se va ilustrando: esto sucedia eu tiempo de Doña Urraca. *Bar.* Bravísimo: no me esperaba yo menos; pero, Marqués, yo que vivo á la antigua, y sé mas de esto que tu hermano, te aseguro que cuanto has visto es un hecho. Que aquella sombra no es nueva en casa: que hay mucho tiempo que nos favorece con su presencia; y que si presto, armándote de valor, no imaginas un remedio que la destierre de aquí, te hará un daño tan tremendo en el honor, que ni tú, ni yo, ni el fino criterio del oráculo, acertar con el reparo podremos.

*Fern.* Si lo digo yo.... Calumnias,

y nada mas.... Ya es mal viejo ese para usted. *Bar.* Sobrino, digo, y repito que puedo confundirte, y si no bastan palabras, bastarán hechos.

Hola, Picardo? *Picard.* Señor?

*Bar.* Éntrate en ese aposento, y dí á Vespina que salga.

*Vase Picardo, llevándose el farol.*

*Marq.* Vespina! (*admirado.*)

*Bar.* Sí, qué tenemos?

Vespina, la protectora de los amores secretos de la sombra agigantada.

### ESCENA VIII.

*DICHOS, Y TRINQUIN que baja precipitado con una linternilla en la mano.*

*Trinq.* Señor Baron....

*Bar.* Qué hay de nuevo?

*Trinq.* Ya viene.

*Bar.* Si? pues cuidado.

*Marq.* Qué dice Trinquin? (*al Bar.*)

*Bar.* Silencio

por un instante, que importa.

*Fern.* Malaya tanto misterio.

*Retirándose todos á un lado.*

### ESCENA IX.

*DICHOS, Y EL CABALLERO que baja muy confuso y temeroso, tentando la pared.*

*Cab.* Dios mio!... qué me sucede esta noche?... Todo tiemblo...

Vespina me ha abandonado, y como soy que no acierto con la puerta de la calle; nunca me ví tan espuesto.

*Trinquin, que le sigue de puntillas, aprovecha una ocasion oportuna, y se le echa encima.*

*Tr.* Hombre ó diablo, tente, ó mueres á mis manos. *Cab.* (Santos cielos! todo se perdió.) (*ap.*)

*Bar.* Adelante, adelante, caballeros. Señor oráculo, y bien, qué tal? acierto, ó no acierto?

7  
*Descubre el rostro del Caballero que procuraba cubrirselo con la capa, y abre la linternilla de que se habia encargado á la llegada de Trinquin.*

*Mar.* Pero bien, quién es este hombre?

*B.* Quién? la sombra en alma y cuerpo, con malicia, voluntad, memoria y entendimiento, y todo lo necesario para hacerte un gatuperio.

*Mar.* Estoy fuera de mí mismo. (*ap.*)

*C.* De confuso á hablar no acierto. *ap.*

*Marq.* Quién es usted? (*al Caballero con bastante serenidad.*)

*Cab.* No lo sé. (*con resolucion.*)

*Marq.* Qué busca usted aquí dentro?

*Cab.* Nada.

*Marq.* Quién le trajo á usted?

*Cab.* La suerte. *Marq.* Hable usted.

*Cab.* No puedo.

*Bar.* Cómo se entiende! hablarás por fuerza. *Cab.* Soy Caballero. No me insulte usted, ó haré...

*Bar.* Y qué harás tú?

*Cab.* Poco, y bueno: déseme paso, ó disparo.

*Saca una pistola, el Baron retirándose con temor, y gritando descompadamente.*

*Bar.* Criados, acudid presto...

Al ladron, al asesino, que se escapa....

*Fern.* Hola, silencio:

yo lo impongo: señor tio, á que viene tanto estruendo, tanto alboroto? Se trata de una accion, que si en secreto pasa no nos perjudica el honor; y si la hacemos pública, tal vez será objeto de oprobio eterno para todos: quiere usted ofender sin miramiento alguno las santas leyes de la hospitalidad? Siendo este jóven atrevido (*segun dijo*) un Caballero, la distincion de su clase todos respetar debemos,

y aunque tal vez nos engañe,  
no nos avergonzaremos  
nunca de haber tributado  
veneracion y respeto  
á un título que nos honra,  
no á quien vil, y desatento  
á su sagrado se acoge  
para evitar un desprecio.  
Si calla, tendrá motivos  
poderosos para hacerlo;  
que hay casos en que el destino,  
quitándonos todo medio  
de defensa, nos condena  
á un vergonzoso silencio.  
Nada tema usted, señor,  
por la fe de Caballero,  
(nombre que no invoco en vano)  
le juro á usted, le prometo,  
que no recibirá insultos  
de nadie; salga al momento  
si gusta; la puerta es franca  
para todos; y aun me ofrezco  
á acompañarle, hasta estar  
fuera de peligro. Puedo  
hacer mas?... creo que no;  
con que así de usted espero,  
que imitando la conducta  
generosa que yo empleo  
con usted, se dignará,  
como noble y caballero,  
de hacernos ver que si usamos  
moderacion y respeto,  
no deja de ser usted  
muy acreedor á ello.

*Cab.* Las palabras, las acciones,  
y hasta el tono, y el acento  
de usted todo me interesa,  
con que explicarme resuelvo  
en cuanto me lo permita  
el estado en que me encuentre.  
(Pues nadie me ha conocido, *(ap.)*  
aunque mienta nada arriesgo.)

*Fern.* Ya que es tanta su bondad,  
que me diga usted le ruego  
quién le condujo á esta casa?

*Cab.* Un error: soy forastero;  
creí entrar en otra parte;  
me engañé. *Fern.* Me basta eso.  
Su patria de usted? *Cab.* Milan.  
*Fern.* Nombre? *Cab.* D. Fernando.

*Fern.* Bueno... (*Pensando para que  
Apellido? (no se le olvide.*

*Cab.* De la Estrella.

*Fern.* Su posada de usted? *Cab.* Creo  
que he dicho ya lo bastante  
para dejar satisfechos  
los deseos de usted. *Fern.* Sí,  
y en extremo lo agradezco:  
salga usted pues cuando guste,  
que yo cumplo lo que ofrezco.

*Cab.* Señores, felices noches.

*Fern.* Trinquin? (*ap. y con pront.*)

*Trinq.* Señor? *Fern.* Ves corriendo;  
sal por la puerta escusada,  
procura saber de cierto  
donde va, que es lo que hace,  
en fin, no pierdas momento  
para indagar, y confía,  
si cumples, con un buen premio.

*Trinquin* sube corriendo por la es-  
calera de la izquierda.

Quando usted guste, estoy pronto.

*Alto al Caballero.*

*Cab.* Muchas gracias, caballero.

*Vase con D. Fernando.*

## ESCENA X.

EL BARON Y EL MARQUÉS.

*Bar.* Viva la disposicion!  
Y tú eres tan majadero  
que lo mires y lo sufras?  
Sobrino, ese consejero,  
ese sabio presumido,  
te ha de perder sin remedio.

*Mar.* Qué quiere usted tio?... siempre  
me guié por sus consejos,  
porque aunque mas jóven, tiene  
en efecto mas talento  
y capacidad que yo.

*Bar.* Lindo talento por cierto.

## ESCENA XI.

DICHOS, Y D. FERNANDO que vuelve.

*Bar.* Ven acá, imprudente jóven,  
qué has querido hacer con esto?

*Fern.* Lo que la razon dictaba.

*Bar.* La razon? el desacierto.

Te la calzaste al revés,

señor Caton ; con respeto,  
 con atenta urbanidad,  
 has tratado nada menos  
 que á un seductor, un inicuo,  
 que con torpe fingimiento,  
 atropellando al decoro  
 de nuestra familia , ha puesto  
 entre su honor y su fama  
 un mar de dudas en medio.  
 Pero yo no quise hablar.  
 Los filósofos modernos,  
 los computistas del dia,  
 tienen tan solo derecho  
 de disponer á su modo ;  
 yo soy el criado , el perro  
 de la casa ; mas no obstante,  
 para que sirva de egemplo,  
 hola , Vespina.

ESCENA XII.

DICHOS , PICARDO Y VESPINA.

*Vesp.* Señor.  
*Bar.* Habla , no tengas recelo.  
*Vesp.* Señor , por amor de Dios...  
*Bar.* Habla digo , y yo te absuelvo  
 de tus pecados. Quién fue  
 el que entró aqui?  
*Vesp.* Un Caballero.  
*Bar.* Cuánto tiempo hace que viene?  
*Vesp.* Habrá como mes y medio.  
*Bar.* Quién te mandó que le abrieses  
 la puerta? *Vesp.* Yo... (*dudando.*)  
*Bar.* Dilo presto.  
*Vesp.* La Marquesita Eleonora.  
*Bar.* Y á quién rinde sus obsequios?  
 á quién enamora á obscuras?  
 á quién corteja en secreto?  
*Vesp.* A la Marquesa Eleonora.  
*Bar.* Basta ; ya estoy satisfecho.  
 Retírate , anda á acostarte  
 sin temor. Ea , caballeros,  
*Vase Vespina.*  
 ya lo oisteis : no hay calumnias  
 aquí , no hay procedimientos  
 injustos : la verdad pura,  
 y nada mas. El modelo  
 de la honradez !... eh , qué tal?  
 Decid que deliro , miento ,  
 y todo lo que querais ;  
 mas confesad por lo menos

que mientras dormia el uno,  
 y el otro pasaba el tiempo  
 en óperas divertido,  
 celebrando los gorgeos  
 de la bufa ó del tenor,  
 yo estaba aqui discurriendo  
 el modo de colocar  
 el gazapo en poder nuestro :  
 pero qué bien se ha seguido  
 de los continuos desvelos  
 y los sustos que he pasado?  
 Nada : vino un sabio engerto  
 en filósofo y mentor,  
 y destruyó en un momento  
 toda la obra de mis manos ;  
 gran hazaña !... noble efecto  
 de la ilustracion del dia !  
 Bravo !... Sobrino , me alegro,  
 tú eres el héroe.... yo el hombre  
 mas ridículo y mas necio.  
 Será asi... pero entretanto,  
 fama y honor *volaverunt* ;  
 tu sobrina se ha igualado  
 con las mas viles del pueblo ;  
 de su fatal imprudencia  
 le quedará un llanto eterno ;  
 á su padre afan continuo,  
 pero á tí el remordimiento.  
 Yo renuncio en este instante  
 á la familia : no quiero  
 entender nada , me lavó  
 las manos , y me resuelvo  
 á ser frio espectador  
 de los moderados medios  
 que adopta un padre insensato,  
 y dicta un tio indiscreto.  
 A Dios.... muy felices noches ;  
 yo dormiré satisfecho  
 porque cumplí una sagrada  
 obligacion.... Ay de aquellos  
 que por no cortar un brazo  
 perdieron el cuerpo entero! (*vase.*)

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS Y DON FERNANDO.

*Marq.* Hija ingrata !... hija cruel !  
 por ti este insulto padezco ;  
 ya soy un padre infeliz :  
 dió fin para mi el consuelo.



el secreto... pero á veces,  
señora (maldita lengua... (ap.)  
si digo yo que el callar,  
es imposible materia  
en una muger.) *Eleon.* Y bien....  
Habla claro: no me tengas  
mas confusa... *Vesp.* No señora,  
*Embrollándose cada vez mas.*

no hay que temer.. aunque es fuerza  
sospechar.... pues... ya se ve...  
siempre hay curiosos que velan....  
y... vamos hasta las sombras....  
me esplico?... yo no quisiera...  
pero hay casos... señorita....  
conformidad y paciencia... (vase.)  
*Eleon.* Vespina!... mira... Vespinal!  
Pero, ó Dios! ella me deja,  
y llega padre... ay de mí!  
cómo podré á su presencia  
disimular?....

### ESCENA III.

*DICHA, EL MARQUÉS Y D. FER-*  
*NANDO.*

*Marq.* Eleonora! *Eleon.* Señor....

*Marq.* Qué nueva tristeza  
es esta que observo en tí?

*Eleon.* Perdone usted... (confusa.)

*Marq.* Acaso piensas  
que conspiramos tu tío  
y yo contra tí?... Quimera,  
preocupacion. A quién,  
hija mia, le interesa  
tanto tu felicidad,  
como á un padre que te aprecia,  
y á un tío, que de cariño  
te ha dado ya tantas pruebas?  
Siéntate aquí entre nosotros,  
y escucha un rato la tierna  
voz del amor paternal.

*Eleon.* Respiro.... (Ap. sentánd.)

*Marq.* Si la presencia  
de tus mayores amigos  
no hace calmar la violencia  
de tu pasion, es señal  
que será la causa de ella  
muy terrible; y en tal caso  
te aconseja la prudencia

comunicar tus afanes  
á quien puede en tu tristeza  
proporcionarte el alivio  
que mas conveniente sea.

*Eleon.* Padre mio, deme usted  
un solo dia siquiera  
de tiempo, y prometo hablar  
con franqueza. *Fer.* Mientras llego  
este apetecido instante,  
tu padre te dará cuenta  
de lo que ha pensado ya  
para tu alivio. *Marq.* Sí; es fuerza  
porque en fin la interesada  
eres tú; y cuando media  
la confianza, es desvarío  
permitir que permanezca  
una duda que podria  
ser perjudicial á ella.

Eleonora, se me ha dicho  
que te hallas muy descontenta  
con la boda que nosotros  
te propusimos; si es esta  
la causa de tu dolor,  
espílicate con franqueza,  
y no hagas como otras muchas  
que por su falsa vergüenza,  
en este punto han formado  
lazos que el cielo condena,  
y las hacen infelices  
cuando el hablar no aprovecha.

*Eleon.* Padre mio, pues es tanta  
la bondad y la indulgencia  
de usted, me atrevo á decir,  
sin faltar á la modestia  
ni al respeto, que un marido  
ya caduco no es oferta  
que deba hacerse á una jóven  
de mi edad: naturaleza,  
el cielo, y los hombres mismos  
estos enlaces reprueban,  
que proyecta la codicia,  
y efectúa la imprudencia.

*Marq.* Dos clases de matrimonios  
existen, hija, y es fuerza  
que los conozcas; los unos  
se forman de una ceguera,  
que comunmente se llama  
amor; los otros se estrechan  
por medio de la razon.

Los primeros siempre empiezan

con los mas vivos transportes,  
con delirios, y protestas  
de eterna fidelidad,  
y acaban con la tibieza,  
la saciedad, y el disgusto  
de mirar que aquellas prendas  
que tanta ilusion causaron,  
fueron solamente necias  
perspectivas del error.

Los segundos, que fomenta  
la dura necesidad,  
cobran nueva consistencia  
con la tolerancia, y mueren  
en la virtud; pero si esta  
reflexion no te convence,  
no pretendo hacerte fuerza;  
retiraré mi palabra,  
y quedarás satisfecha.

*Eleon.* Ah, padre! cómo podré  
corresponder á esta prueba  
de su cariño de usted?

*Marq.* Respondiendo con franqueza  
á lo que voy á decirte;  
me ha enseñado la esperiencia  
(que es madre de las verdades)  
que si una jóven se niega  
á recibir el marido  
que su padre le presenta,  
es porque su corazon  
ya prevenido se encuentra  
por algun rival que supo  
merecer la preferencia.  
Tú te hallas en este caso:

*Con sonrisa de confianza.*

quién despertó la primera  
llama de tu amor? Responde:  
no tengas de ello vergüenza;  
tambien tuve mis quince años,  
y supe amar. *Eleon.* Mereciera,  
señor, severo castigo,  
si ingrata correspondiera  
á la bondad de usted; si,  
toda mi alma se interesa,  
padre mio, por un jóven  
de la mas bella presencia,  
y de un corazon sensible,  
y virtuoso á toda prueba.  
Vile por casualidad  
una noche en la alameda;

y apenas me habló, fui suya;  
mi tia la Baronesa,  
que entonces se hallaba aqui,  
se dolió de nuestras penas,  
y le admitió en nuestra casa.  
Ah! cuán prontamente quedan  
acordes dos corazones  
heridos por la aurea flecha  
de Cupido!... Padre mio,  
por estas lágrimas tiernas,  
que vierte una desdichada,  
suplico á usted condescienda  
á esta union, y si hasta ahora  
sumergido en las tinieblas  
pasó nuestro fino amor,  
permítame usted que pueda  
gloriarme de él á la vista  
de toda la ciudad. *Marq.* Esta  
gracia, querida Eleonora,  
estoy pronto á concederla,  
si tú me concedes otra.

*Eleon.* A todo estoy ya dispuesta:  
qué puedo hacer por usted?

*Marq.* Que me digas, sin reserva,  
el nacimiento, la clase,  
los títulos, ó riquezas  
de ese amante tuyo, á fin  
de conocer por sus prendas  
si es digno de nuestra casa.

*Eleon.* Señor, yo se lo dijera (*conf.*)  
á usted francamente, si...

*Marq.* Clarito, si lo supieras,  
no es verdad? *Eleo.* Si, padre mio.

*Marq.* Entonces, qué te interesa  
de ese jóven? *Eleon.* Sus virtudes.

*Mar.* Son muy dudosas, y en prueba  
de que lo son, Eleonora,  
lee esta carta; no temas,  
es para ti... esta mañana  
un jóven, cuya apariencia  
no hace honor á quien le envia,  
deseaba con cautela  
ponerla en tus propias manos,  
pero equivocó la puerta.

*Eleonora despues de haber leído la  
carta para sí, queda confusa, y va-  
cila, y luego levantándose dice:*

*Eleon.* O Dios mio! dónde huiré?  
qué confusion!... qué vergüenza!

mi padre lo sabe todo.

*Fern.* Y no es mejor que lo sepa?

*Eleon.* Perdon, señores, perdon; esta es la espina secreta que en el corazon tenia.

*Marq.* Infeliz! de qué aprovechan esos transportes!... Enjuga el llanto, el rostro serena, pues si tienes el perdon de tu padre, qué te altera? vuelve á leer esa carta: tal vez hallarás en ella cosas que á primera vista te se escaparon. Empieza.

*Lee Eleon.* "Querida amiga: te participo que ayer noche al salir de tu casa fuí sorprendido por varias personas, se ha descubierto nuestro amor, pero no desmayes. Con un pequeño aviso volaré á tus brazos, y te libertaré de tus opresores: á Dios, y manda á tu verdadero amante. = El Caballero que sabes."

*Marq.* Ya ves, do están sus virtudes? Esta carta menifiesta todo lo contrario. Ah, hija! que así se oculta, y te niega hasta el gusto de saber su apellido, que desprecia tu decoro y tu opinion, dando á la maledicencia pábulo con que llenar de abominacion y afrenta una familia de las mas ilustres de Firenza, que cuando mira imposible atropellar tu inocencia con la seduccion, acude al recurso de la fuerza, y sin respeto y honor bajamente te aconseja que abandones á tu padre para seguirle! Esa fiera, digo, ese terrible monstruo, es imposible que sea un Caballero; hija mia, desconfia de él. *Eleon.* La fuerza de su pasion, padre mio, le ha dictado esta bajeza;

pero es incapaz... *Marq.* Eh, basta, creí que fuiste indiscreta, nunca vil; si la dulzura, cuando á su término llega, no produce efecto alguno, la rigidez y dureza deben de ser para un padre ministros de la obediencia que se le debe. Eleonora, basta de locas quimeras, que si el amor las apoya, la justicia las condena. Prométeme en este instante olvidar hasta la idea de ese infame seductor.

*Eleon.* Ah! quiere usted que prometa con los labios lo que el pecho tal vez mas constante niega?

*Mar.* Espílicate... *Eleo.* No es posible, señor, que tan pronto pierda la memoria de un amante á quien he jurado eterna fidelidad; y así, padre, déme usted tiempo siquiera de conocerle culpado, para que de su vileza agobiado el corazon borre al fin la lisongera imágen que én él grabaron amor y naturaleza.

*Marq.* Qué escucho...! Desventurada, tan indiscreta y tan rea como eres, vil osadía añades á la bajeza!

*Eleon.* No puedo engañar á usted, señor, que yo no soy dueña de mi corazon. *Marq.* Infame!

*En el colmo de la agitacion y del enojo.*

quítate de mi presencia: eres indigna de ser protegida: corre, vuela á los brazos de ese inicuo; sacrífcale la prenda de la virtud: tu destino, tu decoro, tu inocencia, nada me importa: eres vil, mi corazon te detesta, y te doy en este instante mi terrible....

*Eleo.* Ah padre! (cayendo á sus pies.)

*Fern.* Cesa....

*Fernando poniéndose en medio, separando con una mano á Eleonora, y con otra tapando la boca al Marqués.*

Hermano.... qué haces? qué furia, qué descompostura es esta?

Maldecirás á una hija solo porque en su defensa alega con entusiasmo razones que tú no apruebas?

No ha respondido Eleonora tan vilmente, que no sea delito mucho mayor el dejar de complacerla.

Persuádame usted (ha dicho) que es lo propio que dijera:

» Si cuando le encuentre indigno  
» no abandono esta quimera  
» de amor, castigadme entonces,  
» pues seré dos veces rea.»

Ya que ha caído en el lazo, procuremos con cautela saber quien se le tendió.

Por poco que le convenga soy de parecer que siga su amante correspondencia decentemente; sin verse obligada á esa bajeza de asomarse á una ventana, ó hacer desde el balcon señas.

Si no puede convenirle, ella será la primera, sin necesidad de avisos, que le olvide y le aborrezca, porque mi sobrina es noble, y las dadas de sus prendas, no dan abrigo jamás á un amor indigno de ellas.

*Eleon.* Ah tio! mi protector!... mi amigo!... (besándole la mano.)

*Marq.* El cielo no quiera que sea nuestro fiscal esta piadosa indulgencia.

#### ESCENA IV.

DICHOS, Y EL BARON TEODORO.

*Bar.* Se puede entrar? *Fer.* El Baron.

*Marq.* Adelante. *Bar.* Hay allá fuera

cierta persona que dice tener cosas muy secretas que revelaros: sobrinos, quereis escucharle en esta sala, ó en otra?

*Marq.* Eleonora, (ap. á Eleonora.) retírate, y considera tu crítico estado: pronto nos veremos. *Fern.* A Dios, bella y desgraciada sobrina.

*Eleonora se va, haciendo una graciosa cortesía al Baron.*

*Bar.* A Dios, á Dios, buena pieza. (La gazmoña, la ñe, ñe, (ap.) para el bobo que la crea.)

*Marq.* Y bien, tio, qué sucede!

*Bar.* No es nada, una friolera.

*Acercándose á la puerta del foro.*  
Es Trinquin, que segun cuenta,  
Volviendo.

descubrió ciertas cosillas, de que informaros desea; digo, si no os sabe mal.

#### ESCENA V.

DICHOS Y TRINQUIN.

*Marq.* Habla, Trinquin, pero sea algo bajito, que importa.

*Trinq.* Pues, señores, aqui empieza mi nocturna espedicion, que parece una novela por lo ridículo. Ayer, apenas por la escalera secreta salí á la calle, agacheme con cautela para esperar que pasase D. Fernando de la Estrella; pasa, murmura.... le sigo, y bien lo saben mis piernas, porque el señor D. Fernando andubo mas de tres leguas girando por la ciudad, por las calles mas secretas y obscuras, hasta que al fin párase junto á una puerta; abre con mucho cuidado y se mete dentro. Apenas tuvo cerrado, me acerco, y observo junto á otra puerta

á un hornero que fumaba,  
sentado con conveniencia,  
Pregúntole, y el buen hombre,  
me da las primeras señas  
de la casa, y aun del jóven  
que entró temeroso en ella;  
pero puesto en el empeño  
de saber *ad intra, ad extra*,  
el por menor de la intriga,  
sobre de un banco de piedra,  
que allí habia, siéntome  
esperando que amanezca.

Amanece, pasa gente,  
y Trinquin de centinela  
siempre en su banco; me tratan  
de loco, mas yo paciencia,  
y en mi banco; hasta que al fin  
con gran ruido de cadenas  
y de cerrojos, se abre  
la tan deseada tienda;  
y quién la abre! sabe usted!

*Al Marqués que se halla mas cerca.*

D. Fernando de la Estrella,  
con otros dos ó tres mozos  
que barren luego la puerta.  
Yo me quedé... ya se ve,  
con tanta bocaza abierta,  
pues no me cansaba nunca  
de mirar á su escelencia  
como limpiaba los platos  
y fregaba las mesas.

Conozco que es un café;  
á poco rato se acercan  
varios jóvenes y toman  
chocolate; entro en la tienda  
entonces; y preguntando,  
como haciéndome de nuevas,  
escudriño que el famoso  
D. Fernando de la Estrella  
es un cierto Limonada,  
mozo del café de América,  
junto á la puerta Romana,  
y que toda su riqueza  
se reduce á un mal vestido,  
y á tres *paolos* de renta  
que le da todos los dias  
el amo de su escelencia.

*El Marqués a su tiempo se habrá  
sentado, y dice cubriéndose el rostro.*

*Marq. O Dios! qué golpe!*

*Fern. Es posible!...*

*Bar. Vete, Trinquin mio, y cuenta  
con toda mi proteccion,  
y una buena recompensa.*

*Vase Trinquin.*

*Marq. Ah! quién restaura mi honor,  
quién me libra de la afrenta!*

*Bar. Te está bien, sobrino mio,  
te está bien; aquel que cierra  
los ojos á la razon,  
es necesario que sea  
desengañado. Marq. Mi honor....  
mi honor....*

*Bar. Mi honor! esa flema*

*Remedándole.*

alabo; furor, venganza,  
castigo, es lo que pudiera  
restaurarle; pero, ta,  
no señor, en vanas quejas,  
pierdes el tiempo sin dar  
una seria providencia.

Creeme, sobrino mio,  
deja de ser un babiaca:  
si dulzura te ha perdido,  
á severidad apela:  
sea un convento el asilo  
de esa maldita coqueta;  
doscientos palos el premio  
del que ultrajó su inocencia  
con tan grande desacato,  
y una reclusion perpetua,  
á pan duro y agua pura,  
generosa recompensa  
de los infames criados,  
y la indigna camarera.

*Fern. Chito.... chito. Dónde vamos  
á parar!... qué bulla es esta!*

Ah, señor tio! nosotros  
no hemos pasado en la guerra  
nuestra vida como usted:  
aquí gastamos mas flema,  
no pasamos á cuchillo  
á nuestros contrarios.... Bella  
disposicion!... Un convento,  
palos, reclusion perpetua,  
y que el mundo lo censure,  
y que nos pase por lenguas  
toda la ciudad!... Muy bien!...  
Prudencia, tio, prudencia,  
una ciudad no es un campo,

todo es público en la guerra;  
cuanto mas de una accion se habla  
mas honor resulta de ella.  
Pero aquí todo al contrario:  
en lo privado se encierra  
el honor de las familias,  
una palabra indiscreta,  
un billete que se olvida;  
y hasta un gesto y una seña,  
son bastantes á lavar  
el deshonor, y la afrenta  
que tanto teme mi hermano.

*Marq.* Pero bien, qué me aconsejas?

*Fern.* Escucha con atencion.

Tu hija Eleonora es muy rea,  
pero no lo es por capricho,  
solo por inesperienza.  
Los castigos y amenazas  
infundirian en ella,  
en vez de humilde respeto,  
tenacidad y soberbia.  
Sabes lo que voy á hacer?  
sin darle ninguna muestra  
de severidad ni enojo,  
súbome al coche con ella,  
por la ciudad y arrabales  
vamos á dar una vuelta,  
hablamos de cualquier cosa;  
pero en llegando á la puerta  
Romana, fingiré sed,  
bajaré al café de América;  
y con un golpe de vista  
comprenderá esa indiscreta  
mas de lo que nuestros labios  
significarle pudieran.

Temblará entonces, confusa  
implorará mi asistencia;  
y si ahora sale rebelde  
á la autoridad paterna,  
la vereis volver llorando  
hecha una mansa cordera,  
prometiéndonos seguir  
la senda de la prudencia.

*Bar.* Qué dices á esto, sobrino?

*Marq.* Que lo haga como lo piensa.

*Bar.* Bravo, bravísimo, amigo;  
pero á mi no me contenta  
ese desagravio; soy  
de la familia, y no aprueba  
mi rigidez tales medios.

Tú, sobrino, delibera,  
confórmate á los consejos  
de la Sibila moderna:  
pero deja que tu tio  
obre lo que le aconsejan  
su honor, su reputacion,  
y once lustros de experiencia:  
á Dios, señores.... á Dios:  
sobrinos, hasta la vuelta. (*vase.*)

## ESCENA VI.

*EL MARQUÉS Y D. FERNANDO.*

*Marq.* Qué intentará hacer?

*Fern.* Lo ignoro:

alguna nueva imprudencia;  
pero dejémosle, y vamos  
á lo que mas interesa.

Hola.... Picardo?... Trinquin?...  
Vespina?...

## ESCENA VII.

*DICHOS, PICARDO, TRINQUIN  
Y VESPINA.*

*Vesp.* A vuestra obediencia  
estamos todos. *Fern.* Muy bien:  
tú dí al cochero que tenga  
preparado para luego (*á Trinq.*)  
el coche. Estás? *Trinq.* Voy. (*vas.*)

*Fern.* Tú, piensa (*á Picardo.*)  
en vestirme mas decente,

y ponerte la librea  
para seguirnos. *Picar.* Muy bien.

*Fern.* Aguarda: dile que venga  
al cochero á hablar conmigo.

*Vase Picardo.*

Tú, graciosa camarera,  
saldrás conmigo á paseo.

*Vesp.* Con usted!

*Fern.* Y tambien con ella.

*Vesp.* Quién es ella?

*Fern.* Mi sobrina:

conviene que se divierta,  
porque ha pasado la pobre  
muy malos ratos. *Vesp.* Paciencia:  
ya se lo decia yo.

*Fern.* Oh! tú eres muger de prendas  
para dar un buen consejo:  
mira, dila que no tema,  
soy su protector y basta.

*Vesp.* Todito al pie de la letra se cumplirá. (*vase.*)

### ESCENA VIII.

*D. FERNANDO Y EL MARQUÉS.*

*Fern.* A Dios, hermano, tranquilízate, y espera: ese mal no es incurable; confío en la providencia del cielo que cobrarás aquella calma serena que concede la virtud á las almas puras, tiernas, como la tuya. Marqués, soy tu amigo. Hasta la vuelta.

*Vase dándole la mano con espresion.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

CAFÉ DE AMÉRICA, CON TODO LO NECESARIO; PUERTA AL FORO, Y UNA LATERAL ABIERTA Y OTRA CERRADA.

### ESCENA PRIMERA.

*LORENZO SOLO.*

*Lor.* Este café me parece mucho menos frecuentado cada día: la fortuna al fin, como númen vario y caprichoso, protege tan solo por intervalos: dichoso el hombre que sabe felizmente aprovecharlos.

### ESCENA II.

*DICHO, Y EL CABALLERO de mozo de café, con una salvilla en la mano de vasos.*

*Cab.* Tomad. (*á Lorenzo.*)

*Lor.* Qué es esto? *Cab.* El dinero de los cafés que han llevado á casa de D. Ambrosio Sanguijuela, el cirujano.

*Lor.* Muy bien: mira, no te olvides, en dando las seis y cuarto,

de los sorbetes de fresa que ha pedido el abogado, que es hombre que paga bien, y si quiero anticipado.

*Cab.* Será muy rico. *Lor.* Así dicen Dios me libre de sus manos.

*Cab.* Por qué?

*Lor.* Porque la riqueza que tienen los abogados es jarabe de suspiros y quinta esencia de llanto.

Pero, qué es lo que tú tienes?

Andas hoy muy cabizbajo, muy pensativo. *Cab.* No es nada.

*Lor.* Oh! pues yo creo que es algo, porque tu tristeza es mucha, y parece que has llorado.

*Cab.* Déjese usted de quimeras; si salto y brinco, que diablo? (*vas.*)

*Lor.* Uste!... uste!... á decir verdad no me gusta ese muchacho; tiene alguna pena oculta, y en callarla se ha empeñado: lo siento, porque le estimo: es tan sencillo, tan guapo...

### ESCENA III.

*DICHO, D. FLORENCIO Y D. MACARIO.*

*Mac.* Café.

*Lor.* Al instante, señores.

*Mac.* Mira, no seria malo que lo jugásemos. *Flor.* Bien: como tú gustes, Macario.

*Mac.* Mozo, naipes de los finos.

*Lor.* Aquí están los naipes.

*Sacándolos de otra mesa.*

*Mac.* Bravo.

*Lor.* Ahora voy por el café. (*vase.*)

### ESCENA IV.

*DICHOS, MENOS LORENZO.*

*Mac.* Florencio, el café ganado me parece mas sabroso.

*Flor.* Y si le pierdes?

*Mac.* Andallo;

me quedo con la esperanza de que podré recobrarlo

algun día. *Flo.* Pues entonces gáñele yo, y tú entre tanto

paga, y espera. (*juegan.*)

## ESCENA V.

*D. TIMOTEO muy á la antigua, pero sin ridiculidad, de bracero con D.<sup>a</sup> HONORIA, vestida de negro con mucha simplicidad: PABLO, tambien con librea á la antigua, y dichos.*

*Tim.* Qué dices? (á Pablo.)

Habla, no tengas reparo.

*Pablo.* Digo, señor, que los pobres que allá fuera se han quedado se quejan. *Tim.* Por qué se quejan?

*Pab.* Porque usted no les ha dado pecunia á todos. *Tim.* Muy bien.

Con que se quejan? si salgo, yo les haré que se quejen de veritas.... habrá ingratos!

con que si me da la gana de socorrer á unos cuantos miserables, los restantes deben andar á sopapos conmigo para quitarme los cuartos que me han quedado.

Pícaros! pero son pobres, y es menester disculparlos.

Toma este bolsillo, y diles de mi parte á esos zanguangos, *que finis coronat opus.*

## ESCENA VI.

*DICHOS, MENOS PABLO.*

*Flor.* Observa, observa, Macario, que figuras de tapiz, que lindo sexagenario.

*Mac.* Juguemos ahora, que luego los veremos mas despacio.

*Tim.* Con que al fin será preciso, por no esponerme á otro chasco, nunca mas hacer limosna?

Este es un pais del diablo; por todas partes se observa mendicidad, y aparato

de miseria, aunque conozco que en esto hay tambien su engaño como en todo lo demas.

Los hombres son un atajo de impostores.... digo, somos, que tambien entre los machos me cuento yo. No es así, Doña Honoria?

*Hon.* Ah! cuán en vano

me pregunta usted del mundo! despues de veinte y seis años que he arrastrado mi existencia en la soledad de un claustro, no se juzgar de los hombres; no obstante que me hago cargo que la gangrena del vicio habrá siempre adelantado.

*Tim.* Oh! mas de lo que usted piensa; pero vamos, cómo estamos de cansancio del camino?

Nos hallamos fatigados, eh? *Hon.* Bastante.

*Tim.* Si no he visto, señora, otro mentecato como yo.... dejar el coche! Vamos, debí imaginarlo, que no todos á la edad de usted se encuentran muy aptos para correr. *Hon.* Es verdad.

*Tim.* Sentémonos aqui un rato, y descansará usted. *Hon.* No; mas vale que en aquel cuarto....

*Tim.* Tiene usted razon: veré si se halla desocupado. (va á observar.) Sí, lo está. (servarlo.)

## ESCENA VII.

*DICHOS, Y PABLO QUE VUELVE.*

*Tim.* Oh! vienes muy bien, acompañaala tú, Pablo, (señalándole y no te apartes de ella (el cuarto. hasta que vaya á buscaros.

Va bien así? (á Doña Honoria.)

*Hon.* Sí señor.

Cuánto le debo á usted!

*Tim.* Vamos, vamos, fuera cumplimientos, que yo tampoco los gasto.

## ESCENA VIII.

*D. TIMOTEO á una parte, y FLORENCIO Y MACARIO jugando.*

*Tim.* Ah desgraciada señora!....

Cuánta lástima me ha dado!

He aquí tambien una víctima de la injusticia, y engaños de los hombres; porque quiso rendirse al suave alhago de un amor tierno y virtuoso;

porque sin mas aparato  
ni riquezas que su honor,  
acepta humilde la mano  
de un poderoso que la hace  
madre infelice, con tirano  
furor, se ve perseguida,  
precipitada en un claustro,  
donde la infeliz suspira  
y se queja... pero en vano;  
vamos, si estas injusticias  
volverán loco al mas sabio. (*pasea.*)

*Mac.* Gané, Fulgencio, tú pagas.

*Fulg.* Con qué no te has contentado  
esta vez con la esperanza?

*Mac.* Por esta vez me he quedado  
con el bien presente; amigo,  
queda el futuro á tu cargo.

*Flor.* *Café.* (*entra un mozo con el  
café, les sirve, y parte luego.*)

*Mac.* Mira, ahora podemos  
con todo desembarazo  
observar esta medalla.

Qué original! *Flor.* Es un pasmo.

*Mac.* Sin tener ganas me rio:  
este será un medicazo.

*Flo.* Por qué? *Mac.* Porque tiene facha  
de matador de cristianos.

*Los dos con cortesias irónicas.*

Muy servidores de usted.

*Tim.* Señores, besoos las manos.

*Imitándoles.*

*Mac.* Forastero? *Tim.* Forastero,  
ahora de llegar acabo.

*Flor.* De qué pais? *Tim.* De Bolonia.

*Mac.* Hermosa ciudad. *Tim.* No tanto  
como Firenze. (*sonriéndose.*)

*Flor.* Oh! eso no. (*con prontitud.*)

*Tim.* Ah del café? Hola, criados?

*Sentándose junto á otra mesa.*

*Mac.* Si usted gusta....

*Tim.* Muchas gracias.

*Flor.* Ha venido usted despacio,  
ó se vuelve pronto allá?

*Tim.* Eso... segun... como, ó cuando.

*Flor.* Qué lindamente se esplica!

*Aparte á Macario.*

*Mac.* Tendrá usted amigos?

*Tim.* Oh, y cuantos!

*Mac.* Tal vez los conoceremos.

*Tim.* Mucho que si.

*Mac.* A ver, sepamos  
sus nombres.

*Tim.* Son muy sonoros,  
y en extremo respetados;  
se llama uno D. Zequin,  
y el segundo D. Ducado.

*Flor.* Hola! gracioso es el hombre.

*Mac.* Bravo, amigo, bravo, bravo.

*Flor.* Y qué se dice en Bolonia?

*Tim.* Que el número de los sabios,  
es en Firenze inferior  
al de los necios. *Flor.* Ya caigo:  
y usted de qué número es?

*Mac.* Claro está, del de los sabios.  
No te lo dice el vestido?

No ves que parece un pavo,  
tan hinchadito y tan tieso?

*Tim.* Es verdad; pero ese pavo  
que tanto divierte á ustedes  
pasea muy sosegado  
por delante de la fonda,  
ó de la tienda de paños,  
y nadie suspira al verle,  
porque pagó de contado.

*Mac.* Oh, oh, oh, es sentencioso.

*Fulg.* Y crítico. *Tim.* Todo cuanto  
quieran ustedes que sea,  
eso seré. Digo, criados.

*Llamando mas fuerte.*

## ESCENA IX.

*DICHOS, Y LORENZO que se dirige  
inmediatamente á D. Timoteo.*

*Lor.* Señor, que se ofrece á usted?

*Tim.* Anda, ves, y dile á tu amo  
*Sin mirarle*

que venga inmediatamente.

*Lor.* No voy, porque ya ha llegado.

*Tim.* Con que sois vos? (*levantando*

*Lor.* Si señor. (*ahora la cabeza.*)

*Tim.* Me alegro. Escuchadme un rato.

Primeramente, direis

de mi parte á esos muchachos,

que aquellos que no respetan

á un hombre, y mas si es anciano,

dan una prueba evidente

de estar muy mal educados;

que yo puedo facilmente informarles de mi estado y mi conducta.... pero ellos, cuando deban otro tanto hacer, de los demas hombres serán tal vez el escarnio. Mi patria ya se la he dicho, nació en el siglo pasado con las máximas antiguas, que enseñan ser moderado y atento con los mayores. Tengo setenta y cuatro años, mí nombre es D. Timoteo, apellido de los Arcos: soy Marques de Buena-Vista, y Conde de Monte-Albano: poseo de renta anual mas de treinta mil ducados: no conozco deudas ni hijos, porque nunca fuí casado: me divierto á la moderna, si á la antigua visto y calzo: y en cualquier parte que llegue, ó me encuentre, no hago caso de los necios insolentes, presumidos literatos, señoritos del gran tono, que sin respeto á los años, y al hombre, sea quien fuere, parece tienen á lauro y heroicidad insultar sin prudencia á sus hermanos. A estos tales los desprecio, y si despues de avisados prosiguen el mismo insulto, decidido me levanto,

*Ejecuta todo cuanto dicen los versos.*

y les hago ver que existe todavía en este lado una espada vengativa, y alguna fuerza en mi brazo. Despues que les hayais dicho esto, volved que os aguardo para preguntaros cosas interesantes á entrambos.

*Flor.* Macario, qué te parece?

*Mac.* Que no puede hablar mas claro; antes que del dicho al hecho venga el hombre, amigo andiamo.

*Flor.* Quede vucencia con Dios.

*Mac.* Afectuosísimo criado (*ridículas de vucencia. (y humillantes cor-*

*Tim.* A Dios, amigos, (*tesias.* y no olvidarse del pavo. (*vanse.*)

## ESCENA XI.

*D. TIMOTEO Y LORENZO.*

*Tim.* Qué haremos? son señoritos, jóvenes mal educados, incapaces de servir á sí mismos, ni al estado; por desgracia esta langosta, que nos causa tanto daño, se multiplican de modo, que es general el estrago.

*Lor.* Diga usted, señor, en qué puedo servirle? *Tim.* Veamos si sois vos á quien yo busco.

*Saca un librito de memorias y lee.*

„Lorenzo Bertoletti, hijo del difun-  
to Maximino, nacido en Poggi  
„Bonzi en el año de 1742, casado  
„con Domitila Rustici en 1763, y  
„domiciliado en Firenze en 1764.”  
Sois vos este?... habladme claro;  
no tengais recelo alguno....

*Lor.* Señor, no puedo negarlo: pero me deja confuso hallarle á usted informado tan por menor. *Tim.* Fue preciso, y no debeis estrañararlo.

Cómo van vuestros negocios?

*Lor.* Están los tiempos tan malos, señor. *Tim.* Ya lo sé; paciencia, puesto que hemos de tomarlos segun vienen. Teneis hijos?

*Lor.* Propios, no señor.

*Tim.* Oh, bravo!

Es decir que los teneis adoptivos? *Lor.* Un muchacho muy virtuoso, que hasta aqui como hijo mio he tratado; le tengo aqui en el café: hace lo propio que yo hago, pero le aseguro á usted que mereciera otro trato y otro destino. *Tim.* Por qué?

*Lor.* Porque tiene un talentazo,

se explica con una gracia....  
 en fin, señor, es el diablo  
 para leer y escribir,  
 y dibuja que es un pasmo.

*Tim.* Su nombre? *Lor.* Ya tamañito  
 le íbamos acostumbrando  
 á servir; y como era  
 tan gracioso y tan guapo,  
 le llamamos Limonada,  
 apodo que le ha quedado  
 despues; pero el verdadero  
 nombre suyo es Regalado  
 Buenaventura. *Tim.* Decidme,  
 cómo pasó á vuestras manos?

*Lor.* Ah! de qué sirve acordar  
 la suerte de un desgraciado?  
 El infeliz no conoce  
 á sus padres, le sacamos....

*Tim.* Del hospital general,  
 habrá como unos veinte años?

*Lor.* Con qué tambien sabe usted  
 esto? *Tim.* Estoy muy informado  
 de todo; supongo, amigo,  
 que tendreis bien custodiados  
 los documentos? *Lor.* No hay duda;  
 conservo el certificado  
 de cesion; y al mismo tiempo  
 cierto papel reservado,  
 en que constan varias señas,  
 por si llegaba algun caso  
 de reclamacion. *Tim.* Bien hecho.  
 Amigo, tendreis reparo  
 en que yo vea á ese jóven?

*Lor.* Le verá usted siempre y cuando  
 guste. *Tim.* Pues haced que venga  
 ahora mismo. *Lor.* Hablemos claro:  
 supongo que no ha venido  
 usted para hacerle daño?

*Tim.* Hacerle daño!.... no, amigo;  
 antes todo lo contrario.

*Lor.* Bajo esta suposicion  
 hago venir al muchacho. (*vase.*)

## ESCENA XII.

D. TIMOTEO SOLO.

*Tim.* Vamos, que no empieze mal;  
 este hombre le alaba tanto,  
 que me ha infundido deseos  
 de observarle muy despacio.  
 Pobre jóven! satisfecho

vive en su mísero estado,  
 sin codiciar mas fortuna;  
 y ésta voluble entre tanto  
 le prepara la desdicha  
 tal vez en medio del fausto.  
 Oh! cuán feliz fuera el hombre  
 poderoso y elevado,  
 si su poder produjera  
 el mérito, no el acaso!  
 Con todo esta vez confio  
 no quedar muy engañado  
 con mi opinion.

## ESCENA XIII.

DICHO, Y EL CABALLERO que entra  
 muy receloso.

*Cab.* Un señor (*aparte.*)  
 que quiere hablarme!... lo extraño,  
 Si tal vez me conocieron!...  
 Tiemblo como un azogado.

*Tim.* Eres Limonada tú?

*Cab.* Asi me llaman. *Tim.* Veamos.

*Se pone los anteojos, y le mira con  
 mucha atencion.*

Acércate mas, no temas.

*Cab.* Aquí estoy.

*Tim.* Oh! bravo, bravo.

La figura es escelente,  
 no me esperaba yo tanto.

*Cab.* En que vendrá á parar esto! (*ap.*)

*Tim.* El exterior es un pasmo;  
 si la imágen corresponde  
 á la guarnicion del cuadro  
 tendrá razon Bertoletti.

*Cab.* Puedo servirle á usted en algo?

*Tim.* Con que tú eres cafetero?

*Cab.* Cafetero! no soy tanto:  
 mozo de café, no mas.

*Tim.* Estarás muy enojado  
 con la contraria fortuna,  
 que te hizo un pobre diablo?

*Cab.* Sí señor, lo estoy, y mucho.

*Ti.* Hola! aquí hay gato encerrado: (*ap.*  
 explícate. *Cab.* Solo digo,  
 señor, que ha llegado un caso  
 en que quisiera ser mas  
 que príncipe, soberano.

*Tim.* Oh! pues ya vas á camino,  
 que en este tu incierto estado

la nada de tu existencia  
puede convertirte en algo.  
Yo te daré alguna luz  
sobre tu origen... *Cab.* Oh! cuanto,

*Con prontitud y entusiasmo.*  
cuánto sabré agradecerlo  
á usted! Señor, si mostraron  
las acciones generosas  
lo benéfico y lo humano,  
por esta vez quiera usted  
hoy conmigo acreditarlo.  
A los pies de usted suplico  
que nos aclare un arcano,  
que fue germen de la afrenta,  
y origen de eterno llanto.  
No me niegue usted una dicha  
que disfruta hasta el malvado:  
la dulce naturaleza  
me dió un corazon tan blando,  
que de la filial ternura  
no merece estar privado.  
Oh! con qué satisfaccion  
besaré la grata mano  
de la muger infeliz,  
cuyo destino contrario  
le arrebató hasta el consuelo  
de prodigarme en mis años  
primeros, besos de amor,  
y maternales cuidados!

*Tim.* Vaya.... levanta.... no llores;  
no estamos en este caso  
todavía.... De tu origen  
solo puedo darte un rayo  
débil de luz, y aun este  
á mí mismo me le ha dado  
una persona que se halla  
actualmente en aquel cuarto.  
Prepárate á recibirla;  
yo iré por ella, que es cuanto  
puedo hacer para servirte.

*Cab.* Quedaré á usted obligado  
eternamente, señor. (*vase D. Tim.*)  
Qué día de sobresaltos  
y angustias es este, cielos!  
Mi espíritu está agitado;  
por una parte el delito,  
y por otra el desengaño  
de mi nacimiento!... Oh Dios!  
En tan miserable estado  
no sé esperar ni morir.

## ESCENA XIV.

*EL CABALLERO, D. TIMOTEO Y D.  
HONORIA que sale del aposento de  
la izquierda.*

*Tim.* Señora, vamos despacio.

*Hon.* Es aquel jóven?

*Tim.* El mismo.

*Hon.* Reanima, ó cielo santo!

por un momento mis fuerzas;  
y tú, corazon, postrado  
por tantos años de penas,  
sal por fin de tu letargo,  
y entrégate á las delicias  
del mas dulce de los lazos.

*Cab.* Qué venerable presencia!

Yo siento en mi pecho un grato  
placer, una conmocion  
que hasta aqui habia ignorado.

*Hon.* Sois vos aquel triste jóven?...

*Cab.* Yo soy aquel desdichado,  
señora, que no posee  
en medio de su quebranto  
aquel bien de que el destino  
con pocos se muestra avaro.  
Yo soy el que solo, y triste  
en el anchuroso espacio  
del orbe, no puedo hallar  
un objeto dulce y grato  
donde fijar el cariño,  
y prodigar el alhago.

*Hon.* Ah! que vos en vuestros males  
no habeis experimentado  
mas que un dolor; pero yo  
apuré el cáliz amargo  
de la desventura: vos  
no conocisteis los sacros  
nudos de naturaleza,  
aquellos dulces encantos  
que infunden la gratitud  
y la sangre en los humanos  
corazones; pero yo  
que todos los he estrechado,  
yo que he sido á un mismo tiempo  
hija, esposa y madre, y me hallo  
privada de cuanto habia  
en el mundo de sagrado  
para mí; padezco mas  
en mi soledad, que cuantos  
en la ignorancia sumidos,  
si viven atormentados

es por no poder gozar,  
no por el dolor tirano  
que resulta de perder  
los bienes que se han gozado.

*Tim.* Dejemos melancolias,  
y á lo que interesa vamos.

El caso es, que esta señora  
respetable se ha empeñado  
en ser deuda tuya.

*Cab.* Si? (con ansia)

*Tim.* Pero ya miras su estado;  
es una infeliz tambien,  
y léjos de darte amparo  
tal vez necesitará....

*Cab.* Qué la socorra?... Oh! con cuánto  
gusto lo haré! Que no tema;  
yo redoblaré el trabajo,  
no descansaré un momento;  
ella vivirá á mi lado;  
y despues de las fatigas,  
cuando ya el cuerpo el descanso  
me pida, la abrazaré  
con interes, y besando  
esta mano cariñosa,  
que regaré con mi llanto,  
la ilusion hará su oficio,  
é imaginaré que abrazo  
aquella madre amorosa  
que busco y suspiro en vano.

*Tim.* Y si entonces pareciese  
tu propia madre, implorando  
tambien tu auxilio, y debieses  
abandonarla?

*Cab.* Ah! qué cuadro  
tan dulce, y horrible á un tiempo!  
Entonces, piadoso anciano,  
entonces con puro afecto,  
arrajàndome en sus brazos,  
la dijera: "Madre mia,  
"por fin encontré el sagrado  
"tesoro que me ocultó  
"el cielo por tantos años;  
"pero en tan tirana ausencia  
"no penseis que un hijo ingrato,  
"pruebas del mas fiel cariño  
"dejase de tributaros.  
"A esta muger infeliz,  
"que me presentó el acaso,  
"á esta muger, que se dijo  
"deuda mia, he consagrado

"afectos que á vos debí;  
"ellos fueron el regalo  
"de mi triste juventud.  
"Cuántas veces me ha nombrado  
"hijo mio! y cuántas veces  
"adoré vuestro retrato  
"en ella! dulces instantes!  
"Oh! cuán amoroso llanto  
"me hicisteis verter! Señora,  
"ella estará á vuestro lado;  
"y si la suerte me niega  
"medios para sustentaros  
"á las dos, de puerta en puerta  
"iré á implorar un pedazo  
"de pan: nada me intimida;  
"seguí el impulso sagrado  
"de la ternura filial;  
"ella en tan crítico estado  
"sabrà ablandar corazones,  
"y ofrecernos un amparo."

*Hon.* Oh Dios! (con voz débil y aho-  
(gada de enternecimiento.

*Tim.* Qué teneis, señora? (corr. á ella.)

*Hon.* Las fuerzas me van faltando:  
dejadme sentar. *Cab.* Qué es esto?  
Ella se rinde á un desmayo.

*Hon.* No, no: pasará, hijo mio.

*Cab.* Qué sospecha, cielos santos!

*Con transporte.*

*Tim.* Infeliz joven?

Dejémosla en paz un rato.

Mañana.... en otra ocasion....

podreis tratar mas despacio  
de este asunto. *Cab.* Ah! deje usted  
que pueda oir de sus labios,  
á lo menos si es mi deuda  
ó no. *Hon.* Si, soy.... te preparo  
una sorpresa, hijo mio,  
que te dejará asombrado;  
pero mi debilidad....  
el peso de tantos años.

*Tim.* Vamos; digo que no es tiempo  
de estas escenas; sobrado  
le tendreis despues. *Cab.* A Dios!  
A Dios pues, señora; parto  
tan ocupado de vos,  
que vuestro amable retrato  
me quedará eternamente  
en el corazon grabado. (vase.)

## ESCENA XV.

DICHOS, MENOS EL CABALLERO.

*Tim.* Qué le ha parecido á usted?

*Hon.* El júbilo extraordinario me embargaba los sentidos; al cabo de tantos años le encuentro, y le encuentro digno de mis primeros abrazos.

Ah, señor!... cuánto sufrí para ocultarle mi estado!... mi conmocion... mi cariño....

Yo te adoro, ó Soberano Protector de la virtud!

tú al fin has puesto un reparo á este decadente cuerpo,

que corria á grandes pasos al sepulcro. *Tim.* Discrecion,

no hay que andar precipitados.

Señora, fuera tristezas, que hartó se lloró en el claustro.

Yo para servir á usted hice un papel muy contrario

á mi genio: ahora le toca

á usted hacer otro tanto

por mí: que perezca pues

hasta la idea del llanto

y de la melancolia.

Señora, tomemos algo.

Le gusta á usted el café?

ó se inclina á los helados?

*Hon.* Gracias: hoy no tengo sed.

*Tim.* Sobre que estoy empeñado en ello.... Ey? *(sale un mozo.)*

*Tim.* Dos chocolates. *(se va el mozo.)*

*Hon.* Me parece que ha parado

un coche á la puerta; no,

si llega gente me marcho:

los hombres me atemorizan

desde que ví sus engaños.

*Tim.* Pues, señora, aqui no hay mas

que entrar de nuevo en el cuarto.

Mozo? *(vuelve á salir el mozo.)*

Los dos chocolates

allí. *(Señ. el cuarto, y parte el moz.)*

Deme usted la mano;

tranquilidad, alegría,

olvidarse del pasado,

que lo futuro es dudoso,

y en lo presente está el caso.

Noramala para aquellos

que pasiones albergando, indignas de su nobleza, de este mundo se marcharon con la venganza en el pecho, y maldicion en los labios.

El cielo es justo, señora,

su decreto soberano,

dispone que el inocente

consiga tardé ó temprano,

contar completa victoria

sobre ruinas del malvado.

*Entran ahora en el cuarto.*

## ESCENA XVI.

D. FERNANDO, ELEONORA, VESPINA acompañados por LORENZO y mozos.

*Lor.* Entren ustedes: aquí,

señores, hácia este lado

que está la sala mas fresca.

*Vesp.* Si los sorbetes son malos,

este hombre los hará buenos

con sus cortesías. *Fern.* Vamos,

qué hay de bueno en el café?

*Lor.* Si preguntan por helados,

hay limon, naranja, fresa,

abellana y mantecado.

Líquidos limon y agraz;

y si les gusta lo amargo,

chocolate de Palermo

perfectísimo. *Fern.* No es malo;

te gusta á tí el chocolate

de Palermo? *Eleon.* Los helados

se llevan mas mi atencion.

*Fern.* Sorbete de mantecado

para los tres. *(vase Lor. y mozos.)*

Me parece

que es tu preferido?

*Vesp.* Oh! es claro;

es el sorbete mejor.

*Fern.* Vamos, qué aguardais? sentaos.

*Eleon.* Ay, tío! No es el Baron

aquel que miro observando

junto á la puerta? *(sentándose.)*

*Fern.* Tambien

me lo parece á mi. *Vesp.* Malo.

*Fern.* Por qué?

*Vesp.* Porque no quisiera

que llegase. *Fern.* No hay cuidado,

no llegará; es un buen hombre;

en juzgar mal se ha empeñado,

y esto le vuelve curioso.

*Vesp.* Pues, señor, es necesario embargarle ese defecto.

*Fern.* Por qué?

*Vesp.* Porque le ha robado de nuestro sexo, y no es justo ver á un hombre encuriosado.

*Eleon.* Hermoso café!

*Fern.* Me gusta.

*Vesp.* Señora, de cuando en cuando es bueno dar un paseo, y no vivir encerrados como en un sepulcro. *Fern.* Cierto: bastará el tener cuidado no pasear de noche, que de noche todos los gatos....

*Vesp.* Ya.. ya... le comprendo á usted, que á buen entendedor....

*Fern.* Bravo.

### ESCENA XVIII.

*DICHOS, Y LORENZO que vuelve con tres vasos de sorbete.*

*Lor.* Señores, aquí está todo.

*Fern.* No teneis otros criados que sirvan? *Lor.* Oh! si señor; y sobre todo un muchacho de perlas.... que es nada menos que mi hijo adoptivo. *Fern.* Bravo.

A estas señoras parece que no les gustan ancianos para servir, con que así, disponed que ese muchacho que habeis dicho nos presente los sorbetes. *Lor.* De contado voy á complacer á ustedes.

Ey, muchacho?... Regalado? Limonada? Dónde estás?

### ESCENA XIX.

*DICHOS Y EL CABALLERO; EL BARON observando en la puerta.*

*Cab.* Padre y señor, se ofrece algo?

*Lor.* Mira, sirve á estos señores; coge la salvilla, y vamos.

*Parte Lorenzo: el Caballero se adelanta; y luego que repara en Eleonora, deja caer la salvilla con los sorbetes, y queda confuso y temblando.*

*Cab.* Al instante.

Oh Dios! qué miro!

*Eleon.* El es.... cielos! (*estremecida.*)

*Vesp.* El arcano se descubrió.

*Eleon.* Yo fallezco. (*desmáyase.*)

*Sale Baron.* Viva, viva D. Fernando de la Estrella.

*Con mucha alegría y satisfaccion. D. Timoteo, al ruido que se ha hecho en el teatro, asoma la cabeza y observa.*

*Cab.* Dónde huiré? ( *cubrién. el rostro.*)

*Vesp.* Socorro, socorro.

*Procurando hacer volver á Eleonora.*

### ESCENA XI.

*DICHOS, LORENZO y mozos que salen con precipitacion. Lorenzo, viendo á Eleonora desmayada, y por el suelo los vasos y salvilla, dice:*

*Lor.* Oh Diablo!

Qué ha sucedido, señores?

*Fern.* Callad: cedednos un cuarto, y dejadnos obrar.

*Lor.* Ahí está la llave.

*Fern.* Ahora ayudadnos á entrar en él á esta dama.

*Lo egecutan. Entran todos con Eleonora, menos el Baron y el Caballero.*

*Vesp.* Ya escampa, y llovian palos.

*Sale D. Tim.* Qué has hecho, infeliz? qué has hecho?

*Bar.* Bravo, señor D. Fernando: ya ajustaremos las cuentas los dos. (*vase.*)

*Tim.* Qué es esto? habla claro.

*Cab.* Que voy á buscar la muerte, furioso y desesperado. (*vase.*)

*Tim.* La muerte! se ha vuelto loco!...

Aquí miro amor y agravios....

En tan confusas tinieblas, de luz busquemos un rayo.

FIN DEL ACTO TERCERO.

XX

### ACTO CUARTO.

APOSENTO EN EL CAFÉ CON UNA PUERTA LATERAL, Y OTRA EN EL FORO.

ESCENA PRIMERA.

VESPINA SOLA.

*Vesp.* Ay desgraciada Vespina!  
 Ciertamente no esperaba  
 que se echase sobre mi  
 tal género de borrasca.  
 Si aquel, por quien he pasado  
 tantas noches desvelada,  
 hubiese sido un señor  
 de mérito, vaya en gracia;  
 pero un pobre diablo! un triste  
 mozo de café! Malhaya  
 todo el sexo masculino;  
 y lleve el diablo sus trampas,  
 que desde este instante juro  
 ser su mas firme contraria,  
 aunque me haga monarquesa  
 el mas escelso monarca.

ESCENA II.

DICHA Y D. FERNANDO.

*Fern.* Y bien, cómo va? *Vesp.* Peor:  
 se muestra desesperada,  
 y desde que usted salió,  
 no hubo medio de calmarla.

ESCENA III.

DICHOS Y LORENZO con un vaso  
 de agua.

*Lor.* Se puede entrar?

*Fern.* Adelante.

*Lor.* Señorita, aquí está el agua  
 para su ama de usted.

*Se encamina al aposento.*

*Vesp.* No, yo misma iré á llevarla.

*Vase con el vaso.*

*Lor.* Y no hay mejora, señor?

*Fern.* Ah! cómo quereis que la haya  
 despues de la infame burla  
 que le ha hecho ese canalla  
 de vuestro hijo adoptivo?  
 Logró engañar la muchacha,  
 pero no se fie mucho  
 de nuestra bondad; mañana,  
 y tal vez hoy, probará  
 efectos de la venganza  
 mas terrible, si no piensa  
 en abandonar su patria  
 para siempre. *Lor.* Yo, señor,  
 le hiciera de buena gana

esta advertencia, pero  
 no creo adelantar nada.

*Fern.* Por qué?

*Lor.* Porque ya el muchacho  
 depende de la inmediata  
 proteccion de un caballero,  
 que de su defensa trata.

*Fern.* Pues á él, y al caballero  
 les direis que en esta sala  
 los aguardo.

*Lor.* Está muy bien. (*vase.*)

ESCENA IV.

DICHO, Y VESPINA que vuelve con  
 el vaso vacío, y deja el plato sobre  
 una mesa.

*Fern.* Qué tal, Vespina?

*Vesp.* La calma  
 parece que ha entrado ya  
 en su corazon; estaba  
 descansando, y cuando oyó  
 la voz de usted, bebió el agua  
 mas tranquila, y se alegró  
 muchísimo. *Fern.* Esto me basta.  
 Mira, vete afuera; y cuando  
 llegue mi hermano, sin falta  
 condúcele aquí.

*Vesp.* Voy presto. (*vase.*)

ESCENA V.

D. FERNANDO SOLO.

*Fern.* Oh sexo hermoso! qué alhaja  
 tan preciosa en tí tuviera  
 el hombre, si por desgracia,  
 cuando te dió la hermosura  
 la naturaleza avara,  
 no te hubiese denegado  
 la prudencia.

ESCENA VI.

DICHO Y ELEONORA.

*Eleon.* Atormentada  
 por el mas cruel dolor,  
 querido tio, á las plantas  
 de usted vengo á suplicar....

*Fern.* Qué haces, sobrina? levanta,  
 y de tu felicidad  
 no me niegues la esperanza  
 con el aspecto terrible  
 de tu desconsuelo.

*Eleon.* Ah! Cuánta,  
cuánta es la bondad de usted!  
*Fern.* Y bien, dime, en tu desgracia  
qué piensas hacer? *Eleon.* Llorar  
eternamente una falta  
irreparable. *Fern.* Qué dices?  
no veo tan apurada  
tu situación. *Eleon.* Ah señor!  
que cuando olvida una dama  
lo que se debe á sí misma,  
cuando ciega se separa  
de la senda del honor,  
aunque haya sido la falta  
de un solo instante, no puede  
contar ya mas con su fama:  
su reputacion padece,  
y el desprecio sus pisadas  
en el gran teatro del mundo  
constantemente acompaña.  
Nací sensible, señor;  
y mis padres por desgracia  
no me hicieron conocer  
las intrigas y las tramas  
del libertinage; triste,  
solamente acompañada  
de libros, sin esperiencia,  
y víctima de una criada,  
juzgué que todo en el mundo  
era virtud; respetaba  
por verdad la hipocresía,  
la seducción por constancia;  
por accion pura el delito,  
y por nobleza la infamia:  
tarde conozco el error...  
tarde, sí; pues ya la mancha  
del oprobio que en la frente  
llevo esculpida, borrada  
es imposible que sea  
hasta la muerte: las gratas  
compañeras de mi edad,  
las jóvenes educadas  
de la prudencia á la sombra,  
murmurarán de mi falta,  
y callarán..., pero cuando  
una disputa tirana  
se suscite entre nosotras,  
apelarán á las armas  
de un insulto merecido,  
y yo caeré á sus plantas,  
oprimida con el peso

de mi deshonra. No basta  
ser inocente, señor,  
es preciso, en la que arrastra  
su existencia en el gran mundo,  
parecerlo; ser tratada  
con respeto, y yo no puedo  
aspirar á dicha tanta.  
Permítaseme, pues, que  
busque la tranquila calma  
en una de aquellas justas  
y deliciosas moradas,  
donde la virtud se adora,  
y donde pueda la infamia  
sepultar, hasta que el cielo,  
compadeciendo mis ansias,  
sumerja en el hondo olvido  
con mi existencia mi falta.  
*Fern.* Ah sobrina! tú deliras!  
del error negros fantasmas  
son estos que te rodean.  
Cuando de un padre que te ama  
oigas la voz...

*Eleon.* No es posible,  
no, jamas. A pena tanta  
no pudiera resistir,  
señor, esta desdichada;  
una cárcel, un retiro,  
la cueva mas solitaria  
del orbe sepúlteme,  
pero no sea obligada  
de un tierno padre ofendido  
á escuchar las amenazas.  
Ay, qué veo... El llega... cielos.  
*Cúbrese el rostro y quiere huir.*

## ESCENA VII.

*DICHOS, Y EL MARQUÉS que habrá  
escuchado la última relacion  
de ELEONORA.*

*Marq.* Y serias tan ingrata,  
que me dejases sumido  
en soledad tan amarga?  
El cariño crece en mi  
al compas de tu desgracia:  
solo repruebo, Eleonora,  
esta falta de confianza,  
porque no me la merezco.  
Quién en tales circunstancias  
podrá guiarte mejor

que un padre? Cometer faltas  
es muy propio de tu edad;  
hija mia ... el repararlas  
obra es de la reflexion.

### ESCENA VIII.

DICHOS, Y VESPINA.

*Vesp.* Señores, D. Limonada,  
D. Fernando, ó lo que sea,  
con otro que le acompaña,  
piden para entrar permiso.

*Mar.* Habrá accion mas temeraria!...

*Fern.* Déjales que entren; yo mismo  
quise que la egecutaran.

*Eleon.* Y ese monstruo, ese asesino  
*Con furia.*

de mi honor y de mi fama,  
tendrá valor de sufrir  
mis execraciones? Tanta,  
ranta será su vileza,  
que se atreva hasta hacer gala  
de su crimen!... Infeliz!

Evita, evita mi saña,  
que es horroroso el castigo  
cuando el furor le acompaña.

Hombre fatal para mí,  
que con tus dulces palabras,  
introduciste el veneno  
de la seduccion en mi alma!

No te fies del carácter  
suave que me adornaba,  
el desengaño ha encendido

de tu víctima la llama  
del fiero aborrecimiento,  
del vil orgullo y de cuantas

negras furias del abismo  
agitan y despedazan  
los corazones.... Yo lloro:

pero ya no son las lágrimas  
que corren en mis megillas  
de ternura; son de rabia,

de olvido, de execracion,  
de altivez y de venganza.

Yo clamaré sin cesar  
por tu castigo; y si no halla  
mi voz justicia en el cielo,

ni en los hombres, despechada  
sabré ciega de furor  
despedazar tus entrañas,

y ocultar bajo tu sangre  
con tu delito mi infamia. (*vase.*)  
*Fern.* No la abandones, Vespina,  
ella está desesperada,  
y pudiera... *Vesp.* Voy corriendo;  
de los hombres y su casta  
reniego; malaya, amén,  
la que fia en sus palabras. (*vase.*)

### ESCENA IX.

DICHOS, D. TIMOTEO, Y EL CABALLE-  
RO por la puerta del foro.

*Tim.* Pues el permiso de entrar  
no nos trae la criada,  
entremos sin cumplimientos,  
y veamos quién nos llama.

*Fern.* Es usted el protector  
de ese jóven? *Tim.* Lo declara  
el presentarme con él  
á vuestra vista. *Fern.* Me agrada  
la confesion; siendo así,  
pronto de lo que se trata  
quedará usted informado.

*Tim.* Celebraré la confianza.

*Fern.* Ven adelante, imprudente  
jóven: ignoras de cuánta  
confusion has sido autor?

Si la fortuna contraria  
te ha quitado hasta los medios  
de existir, como intentabas,

á costa de una bajeza,  
arrastrar en tu desgracia  
á una muger principal,

sobrado débil é incauta?  
Ultrajaste la virtud,  
pues á su sombra sagrada

conseguiste el ocultar  
tu estraccion humilde y baja,  
tu vil conducta, y en fin

la clase que te degrada.  
A mucho aspirabas, sí;  
pero ya el cielo las alas

á tu soberbia cortó,  
pues no quiso completada  
ver tu perfidia. El honor,

lo ilustre de nuestra casa,  
á la vista del delito  
claman por una venganza;

pero avergüénzate, indigno,  
nuestra clemencia no trata

de perderte , solo exige  
 que reconozcas tu falta.  
 Quieres mas? los beneficios  
 te seguirán por do vayas,  
 si el partido que te dicta  
 la prudencia , humilde abrazas;  
 escucha las condiciones:  
 Firenze ya no es tu patria,  
 vete á arrastrar tu existencia  
 en cualquier parte de Italia;  
 pero si evitar pretendes  
 nuestra justísima saña.  
 la discrecion y el silencio  
 han de ser tu salvaguardia:  
 Toma. Este auxilio te ofrece

*Le da un bolsillo.*

nuestra compasion; mañana  
 sal para siempre de quí,  
 deja esta fatal morada,  
 y aprende en la soledad  
 de tu destierro, cuan vana  
 es la soberbia del hombre,  
 pues si vilmente se ensalza,  
 el soplo de la verdad  
 le precipita en la nada.

**Tim.** Habla, qué piensas? qué esperas?  
*Al Caballero.*

hombre, pareces estatua.

**Cab.** Ah, señores!.... soy culpable,  
 no lo niego..... amé á una dama...  
 su belleza cautivó  
 mi corazon.... para hablarla  
 no tenia otro recurso  
 que aparentar elevada  
 clase; pero imaginé  
 que yo no la deshonraba:  
 porque cuando una muger  
 condesciende á una accion baja,  
 la accion es quien la deshonra,  
 no el hombre con quien la trata.  
 El respeto establecí  
 en mi corazon por basa  
 primera, y era imposible  
 que á ese respeto faltara.  
 Daria toda mi sangre  
 para borrar esta mancha,  
 pero nunca compraré  
 su honor á precio de infamia.  
 Aun soy demasiado noble  
 para admitir esta paga

de un silencio vergonzoso :  
 guardadla, señor, guardadla

*Tira el bolsillo.*

para sugetos mas viles,  
 Firenze es mi dulce patria;  
 el hombre de bien jamas  
 con vileza se separa  
 de ella; si la sumision  
 y arrepentimiento bastan  
 á desarmar vuestro enojo,  
 aquí estoy á vuestras plantas,  
 disponed como gustéis  
 de mí; pero si se trata  
 de que suscriba á mi oprobio,  
 en vano, en vano se causa  
 vuestra nobleza, señores,  
 basta el saber respetarla.  
 No por ser un desgraciado  
 teneis derecho á mi infamia,  
 que la nobleza se hereda  
 tambien como la desgracia,  
 y mas vale una virtud  
 que toda esa pompa vana,  
 que el soplo de la verdad  
 tambien sumerge en la nada. (vas.)

ESCENA X.

DICHOS , MENOS EL CABALLERO.

**Ma.** Qué he escuchado! A tanto llegan  
 la soberbia y la jactancia!  
**Fern.** Y qué le parece á usted?  
**Tim.** Qué me parece á mí? Nada,  
 ya es tarde para consultas;  
 usted debia en sustancia  
 dirigirse á mi, y no á él.  
**Marq.** Y usted tendria la audacia  
 de defenderle? **Tim.** Quién sabe.  
**Fern.** No lo logrará usted. **Tim.** Basta  
 que yo me empeñe. **Mar.** Quién es  
 usted? **Tim.** No me da la gana  
 de decírselo á usted. **Marq.** No?  
 Pues yo haré que á mano armada  
 le saquen de la ciudad.  
**Tim.** Eso veremos. **Marq.** Mañana  
 mismo lo verá usted, sí;  
 él ha insultado á una dama...  
**Tim.** Que no debia dejarse  
 insultar. **Marq.** Él con villana  
 osadía se ha fingido  
 Caballero. **Tim.** Hay quién declara

que no lo es? *Marq.* Ea, señor, baste de burlas pesadas, que ni usted gastarlas debe, ni nosotros escucharlas.

### ESCENA XI.

*DICHOS, Y D.<sup>a</sup> HONORIA que sale con precipitacion, y dice á D. Timoteo.*

*Hon.* Señor, corra usted por Dios, que le prenden, que le arrastran á una cárcel. *Tim.* Pero á quién?

*Hon.* A mi única esperanza; los soldados... Ay! si viera usted cómo le maltratan!

*Tim.* Será esto tal vez, señores, una prueba de su innata bondad de ustedes? *Fern.* No sé nada, ni jamás se aparta nuestra honradez de lo justo.

*Tim.* Corramos pues....

### ESCENA XII.

*DICHOS Y EL BARON.*

*Bar.* Eh, cachaza; porque se insulta á un ladron, porque se prende á un canalla, ha de andar de arriba á bajo revuelta toda la casa?

*Tim.* Con qué es usted? *Bar.* Sí señor; yo soy; qué tenemos? *Tim.* Nada: sírvase usted escuchar (lo ege- aquí aparte dos palabras. *(cutan.* Me llamo Don Timoteo *(saca un de los Arcos: carta canta: (papel.* soy tan noble como usted; bien pudiera con la espada defender á ese muchacho, pero antes razones valgan.

Yo salgo fiador de él, y así entréguele sin falta, que en mi casa le hallará usted cuando guste. *Bar.* Gracias; pero hay su dificultad... *Tim.* Y es?

*Bar.* Que no me da la gana.

*Tim.* Pues no se le llevarán.

*Bar.* Se le llevarán, y basta.

*Tim.* Sobre que yo me he empeñado...

*Bar.* Sobre que es gran patarata su empeño de usted. *Tim.* Veremos

quien echará el gato al agua.

*Bar.* Veremos.

*Tim.* A Dios, señores. *(vase.)*

*Hon.* Deme el cielo tolerancia.

*Sigue á D. Timoteo.*

### ESCENA XIII.

*D. FERNANDO, EL MARQUÉS Y EL BARON.*

*Fern.* Con qué usted, tio, ha podido tomar tan precipitada resolucion? *Bar.* Si señor: vuestra indolencia llegará á culparme todavía?

*Fern.* Y no hay razones que bastan para hacerlo? *Marq.* En mi familia yo solo soy el que manda; le respeto á usted, le estimo; pero en extremo me agravia el ver como usted se mete tal vez donde no le llaman.

### ESCENA XIV.

*DICHOS, Y D. TIMOTEO dando la mano al CABALLERO, D.<sup>a</sup> HONORIA los sigue, y un SARGENTO.*

*Tim.* Adelante, nada temas.

*Hon.* Supuesto que usted le ampara, no desconfío. *(se retira.)*

*Tim.* Aquí está.

Señor mio, qué tal? Basta que yo me empeñe?

*Bar.* Qué miro!

*Tim.* No sabe usted con quien trata todavía: cuando humilde un caballero una gracia suplica, si no la obtiene, debe acudir á otras armas.

*Bar.* Señor Sargento, así cumple usted lo que se le manda?

*Sarg.* Trae órdenes superiores, y yo debo respetarlas.

*Bar.* Superiores dice usted?

*Sarg.* Si señor. *Tim.* Y carta canta.

*Saca una real orden, y lee.*

» Nos Cosme, Duque y Prínci-  
» pe &c. &c. Siendo nuestra suprema  
» voluntad complacer en un todo al  
» benemérito Caballero D. Timoteo de

„los Arcos de Bolonia, Marqués de Buena-Vista, Conde de Monte-Albano &c. por una gracia que ha solicitado á favor del jóven *Regalado Buena Ventura*: concedemos, por razones reservadas á nos, nuestra proteccion al referido jóven, declarando que de aquí en adelante, y hasta nueva órden, depende de nuestra inmediata justicia. Mandamos igualmente á toda autoridad civil y criminal, que lea la presente, el zelar que no reciba insultos de nadie por su clase ni estado, sea cual fuere: y para que conste &c.”

*Sarg.* Señor, ya lo ha oído usted.

Es una razon que basta, (*al Bar.*) y sobra para mí. A Dios. (*vase.*)

*Bar.* Pues reniego de esta gracia.

Bueno es que han de tener siempre los pícaros salvaguardia y proteccion! *Tim.* Señor mio,

cuidado con las palabras, que el Soberano prohíbe los insultos. *Bar.* No faltaba

otra cosa ya, sino que me echasen ahora plantas.

*Fern.* Todo lo merece usted.

*Bar.* Señor sobrino, mil gracias.

*Marq.* Usted, señor, no por eso

#### A Don Timoteo.

cante victoria: no faltan medios para hacer llegar hasta el trono las sagradas voces de la paternal autoridad ultrajada por un jóven imprudente, y un viejo que se degrada protegiéndole, y en fin quien ha dictado esa carta de favor, muy bien sabrá cuando importe revocarla. (*vase.*)

*Fern.* Discúlpele usted, señor, es padre, y sus amenazas las profiere el sentimiento.

Al hombre de bien le basta no querer que otro padezca lo que á él no le acomodara. (*vase.*)

## ESCENA XV.

EL BARON, D. TIMOTEO Y EL CABALLERO.

*Bar.* Cuánto tiempo cree usted que durar puede esa falsa (*á Tim.* victoria? *Tim.* Hasta que se acabe.

*Bar.* Bella respuesta! *Tim.* Pintada para usted. *Bar.* Pues á pesar

de todas estas bravatas, su protegido de usted será siempre.... *Tim.* Qué?

*Bar.* Una mala cabeza. *Tim.* No: será un hombre de bien; y si usted me enfada, ha de bailar en su boda.

*Bar.* Sí, con quién?

*Tim.* Con la muchacha.

*Ba.* Qué muchacha? *Tim.* La sobrina.

*Bar.* Qué sobrina?

*Tim.* La insultada.

*Bar.* Vaya, vaya usted con Dios, que la ha tomado con gracia. (*vas.*)

*Tim.* El señor D. Timoteo jamás faltó á su palabra.

Y bien, imprudente jóven! ves cuántos males me causas apenas raya la aurora

de nuestra amistad? Si tantas fatigas das al principio,

y en medio de tu desgracia, qué será cuando fortuna

proporcione á tu arrogancia medios para atropellar

por todo? Sígueme, y graba dentro de tu corazon

esta máxima sagrada:

Si virtud suple en los hombres, fortuna, padres y patria,

estos apreciables bienes

sin la virtud no son nada.

XX

## ACTO QUINTO.

SALON EN CASA DEL MARQUÉS CON DOS MESAS, UNA MAYOR QUE OTRA.

### ESCENA PRIMERA.

VESPINA Y TRINQUIN, saliendo por distintos lados.

*Tring.* Acabaron de comer? *Vesp.* Si.

*Trin.* Qué tal? *Ves.* Segun comprendo la tempestad calmó un tanto.

*Trinq.* Yo creo que bailaremos en esta boda. *Vesp.* Qué boda?

*Trinq.* Toma! la del cafetero con el ama. *Vesp.* Estás borracho?

*Trinq.* Creo que no.

*Vesp.* Pues trae presto el café, porque hoy le toman aquí. *Trinq.* Aquí?

*Vesp.* Así lo dijeron: obedece los mandatos (*con carica-* de la camarera, y necio (*tura.* no te metas en camisa

de once varas. *Trin.* Pues yo quiero meterme.... habrá bachillera!....

lindo trasto.... *Vesp.* Caballero, obedezca, y calle. *Trinq.* Voy,

solo porque venir veo á los amos. *Vesp.* Otra vez téngame usted mas respeto.

*Trin.* Quite de ahí la mocosa. (*vas.*)

*Vesp.* Noramala el majadero.

## ESCENA II.

*DICHA, EL MARQUÉS, D. FERNAN-*  
*DO, EL BARON Y ELEONORA.*

*Fern.* Trinquin, Picardo, café.

El salon está mas fresco que el comedor.

*Eleon.* Con permiso.... (*quiere ret.*)

*Fern.* Cómo, Eleonora! qué es esto? tú nos dejas? *Eleon.* Voy, señor, á descansar un momento.

*Fern.* Oh! no, antes toma el café: ven, ven, siéntate aqui en medio de nosotros.

*El Marqués, D. Fernando y Eleonora se sientan junto á la mesa grande, y el Baron junto á la pequeña.*

*Fern.* Cómo te hallas?

*Eleon.* Ya pueden ustedes verlo.

*Fern.* Hoy has comido muy poco.

*Bar.* No necesita alimento la que se nutre de amor.

*Eleon.* Sus palabras son veneno para mi. *Fern.* Señor Baron, el amor ya es un objeto olvidado: no insultarla.

*Bar.* Mil gracias por el consejo.

*Los criados traen el cafe, el Baron le toma en su mesa.*

*Fern.* Vespina? *Vesp.* Señor.

*Fern.* Prepara

lo necesario al efecto de pasar algunos dias en la quinta. Gozaremos de las delicias del campo.

Qué tal? No es un pensamiento magnífico? *Eleon.* Si señor; crea usted que lo deseo.

*Fern.* En efecto, en la campiña todo es grato y lisongero; allá el alma enagenada contemplando los portentos de la próvida natura, admira y adora en ellos una mano poderosa que sostiene el universo; allá un vivísimo esmalte de los colores mas bellos recrea vista y olfato; el aire mas puro y fresco, y en fin hasta el cielo mismo mas despejado y sereno, todo convida á la calma; un espectáculo nuevo y delicioso disipa los lúgubres pensamientos, y el corazon oprimido respira mas satisfecho.

*Bar.* Muy bien, y mientras vosotros disfrutareis de tan bello placer, yo aquí taciturno contemplaré los progresos del deshonor, la secreta puerta por do el Caballero hacia su introduccion; la escalera que con tiento subia todas las noches, el terraplen intermedio donde trataban el modo de faltar á los respetos mas sagrados; la ventana por donde se hacian gestos, y señas de inteligencia; en fin todos los objetos que claramente señalan

la afrenta y el vituperio.

*Eleon.* Ah, tío! (á *Fern.*)

*Fern.* Señor Baron... (con seriedad.)

*Bar.* Yo aparto la vista de ellos, salgo de casa: me ven, (sin atenerme señalan con el dedo. (derlos.

Voy á la tertulia, y todos me preguntan: Qué se han hecho los Señores Bellarmati que tiempo hace no los vemos?

Procuro disimular:

pero añade un caballero:

"Qué! No lo saben ustedes?

"salieron un dia de estos

"á ocultar su deshonor

"en el fondo de un desierto,

"porque un cierto Limonada,

"mozo de café, halló acceso

"cerca de la dama.... y vamos.....

"ciertos deslices.... que vemos

"todos los dias.... ya, ya,

"pasarán ahora algun tiempo

"allá... y luego.... volverán.

Y mordiéndome los dedos,

tendré que sentarme entonces

fuera del círculo, y luego

salir para no volver

á escuchar tales dicterios.

*Eleon.* Ah padre!... no puedo mas;

libreme usted del veneno

de estas palabras.

*Marq.* Señor

Baron, aquí no hay empeño

en que se detenga usted

contemplando esos objetos

afrentosos; me parece

que en Firenze habrá mil puestos

donde estará usted mejor,

y nos afligirá menos.

*Bar.* Eso quisierais?... muy bien.

Ya sé que un hombre severo

y franco, incomoda siempre,

pero, amigos, sufrimiento,

que quien no admite delitos

no siente remordimientos.

### ESCENA III.

DICHOS Y TRINQUIN.

*Trinq.* Señores, pide permiso para entrar un Caballero

anciano. *Fern.* Ha venido solo?

*Trinq.* Con mucho acompañamiento.

*Fern.* Que entre al instante.

*Parte Trinquin, y los criados quitando lo que han servido para el café.*

*Marq.* No sé

quien pueda ser. *Fer.* Yo sospecho que será el de esta mañana.

*Marq.* Y tendria atrevimiento....

*Fern.* Cachaza, hermano, cachaza: en escuchar qué perdemos?

### ESCENA IV.

DICHOS, Y D. TIMOTEO con vestido magnífico de gala.

*Tim.* Señores, besos la mano.

*Bar.* Bravísimo; otra te pego. (ap.)

*Marq.* Con que es usted....

*Tim.* Si, yo soy,

el que poco satisfecho

de la acogida de ustedes,

y la falta de respeto

al nombre de mi familia,

no debia ni por pienso

poner el pie en esta casa;

pero soy ya perro viejo,

y aunque no pueda tal vez

hacer cosa de provecho

con ustedes, me parece

que debo arriesgarme á ello,

porque en un caso de honor,

como el presente, no quiero

que se diga, que podia

poner un pronto remedio,

y que solo por temores

infundados no le he puesto.

*Fern.* Tome usted asiento, si gusta,

y hable claro. *Tim.* Lo prometo:

antes de todo, señores,

han de saber que yo vengo

á cumplir lo que ofrecí;

y luego ha sido mi intento

conocer á esta señora,

ofrecerla mis respetos,

justificar su conducta,

y casarla á un mismo tiempo.

*Marq.* Casarla! *Tim.* Si, si, casarla:

por esto el consentimiento

de ustedes humilde imploro.

*Bar.* Vaya este perdió el cerebro. (*ap.*)

*Marq.* Me ha dejado muy confuso, caballero, ese proyecto de usted.... Y con quien pretende casarla? *Tim.* Con el objeto de su amor; el que ella misma se ha elegido. *Bar.* Bien: por cierto con el mozo del café?

*Tim.* No conozco á tal sugeto, ni debe usted insultar á mi protegido; ofrezco casar á Doña Eleonora con un digno caballero, que nada cede en nobleza al Baron de Briconcello.

*Eleon.* Vespina, qué intriga es esta?  
*Aparte á Vespina.*

*Vesp.* No sé, señora, esperemos.

*Marq.* A cada palabra crece la confusion y el misterio: señor, ó se burla usted ó habla verdad; si en efecto ha venido usted acá á tratar de casamiento, díganos cual es el novio que propone, y acabemos.

*Tim.* No soy yo quien le propone solamente, un Caballero mas distinguido que yo, y que usted, hará lo mesmo; y para que se convenza usted, aguarde un momento.

*Va hácia la puerta del foro.*

*Bar.* Qué diablos de embrollo es este!

*Vesp.* Maldita la cosa entiendo.

### ESCENA V.

*DICHOS, y un Consejero del Duque.*

*Tim.* Pase Vuecencia adelante: Señores, si un consejero de su Alteza el Duque, es digno de obtener algun respeto, sírvanse ustedes oírle.

*Marq.* Ah, señor! en qué podemos servir á Vuecencia?

*Consej.* El Duque mi señor, por un efecto de su bondad, y á instancias

del señor D. Timoteo de los Arcos de Bolonia, que es aqueste caballero, se digna manifestar que el jóven que este ha propuesto para esposo de Eleonora Bellarmati, es un sugeto digno de su distinguida proteccion; que ese himeneo le será grato, y que aguarda se realice lo mas presto posible; en la inteligencia, de que su Alteza ha dispuesto ser padrino de esta boda.

*Eleo.* Ay Vespina! *Vesp.* Respiremos.

*Marq.* Señor.... nuestra voluntad.... el respeto que debemos al Príncipe.... pero mi hija.... el jóven.... yo no comprendo.

*Bar.* Esto está claro, sobrino, al Príncipe le habrán hecho ver los objetos trocados; si ese ilustre caballero merece su proteccion, por qué se esconde? Ya es tiempo de lucir, de presentarse como á dignísimo yerno del señor Marqués de Poggio.

*Tim.* Pues aguarden un momento.

### ESCENA VI.

*DICHOS Y EL CABALLERO muy bien vestido de gala, y su llave de Chamberlan, Doña Honoria, Lorenzo y el Director del Conservatorio.*

*Tim.* Aquí le tienen ustedes.

*Eleon.* Ay Vespina, que es el mesmo.

*Marq.* Pero no es el jóven que....

*Tim.* Señor Marqués, no lo niego, le llamaban Limonada, pero ya es caballero Regalado de los Arcos, mi sobrino, y criado vuestro.

*Marq.* Será verdad?

*Consej.* Oh! no hay duda.

Señor Marqués, un momento habrá que su Alteza misma le ha reconocido; y viendo la injusticia que con él

y su madre se había hecho,  
le ha nombrado Chamberlan,  
y con sus manos le ha puesto  
la llave de oro. *Bar.* Es posible!  
pero su estado primero....  
su abandono.... Perdonad,  
señores.... yo no comprendo...

*Tim.* No hay duda que es un arcano,  
pero aclararle prometo.

Cuántas veces por desgracia  
no lloramos los efectos  
del orgullo, y la injusticia  
de los hombres! Un ejemplo  
tienen ustedes en este  
infeliz: un jóven tierno  
y sensible, hijo de un padre  
tan duro, como violento,  
ama en Firenze á una niña  
muy hermosa, á quien el cielo,  
concediendo la belleza,  
denegó merecimientos,  
que la soberbia ambiciona,  
y aplaude el vano y el necio:  
les obligó esta desgracia  
á casarse de secreto,  
no hay duda que fue un delito;  
pero los hombres nacemos  
para errar y perdonar:  
apenas el lazo estrecho  
é indisoluble los une  
para siempre, ese soberbio  
padre los maldice, jura  
que se ha de vengar, y ciego  
de cólera los acusa  
ante un tribunal: respeto  
la justicia cuando es pura,  
conforme la quiere el cielo;  
pero no cuando rendida  
al interés y al cohecho,  
lejos de ser la mas grata  
salvaguardia de los buenos,  
de la cruel prepotencia  
es despotismo instrumento.

Acércate, desgraciada (*á D.<sup>a</sup> Hon.*)  
muger! que por tanto tiempo  
fuiste víctima inocente  
de la arbitrariedad, puesto  
que los hombres te ultrajaron  
hasta el deplorable exceso  
de anular un matrimonio

válido por los derechos  
imprescriptibles que apoyan  
naturaleza y el cielo;  
manifiesta á Italia toda  
que siempre moró en tu pecho  
el honor, y que la infamia  
mas pronto la merecieron  
aquellos injustos jueces  
que firmaron el decreto.

En efecto, esta muger,  
esta madre sin consuelo,  
ve arrebatarse de sus brazos  
el fruto mas lisongero  
de una tierna union: los viles,  
sin respeto á edad ni sexo,  
sepultaron en un claustro  
á esta infeliz, y en el seno  
de la lúgubre morada  
del oprobio y vilipendio  
á la amable criatura,  
produccion de su primer  
amor; pero ya cansada  
de sufrir la ira del cielo,  
sobre de esos enemigos  
hace que caiga el tremendo  
azote de su venganza:  
muere su padre soberbio,  
y la sagrada clemencia  
del soberano estendiendo  
hasta el fondo de un retiro  
sus paternales desvelos,  
dispone que la virtud  
obtenga el debido premio,  
y que el huérfano infeliz,  
hecho el escarnio del pueblo  
con ridículos apodos,  
y ásperos tratamientos,  
disfrute de los honores  
que gozaron sus abuelos,  
para que así se repare  
la obra de un error funesto.

*Eleon.* Ay que venturosa hora!

*A Vespina.*

*Vesp.* Las doce en punto, y sereno.

*Tim.* Ahora bien, solo nos falta,  
señores, que examinemos  
los testigos. Decid vos, (*á Lor.*)  
cómo pasó á poder vuestro  
el chico? *Lor.* Yo le ví un dia

en el hospital; despejo, viveza, figura, todo me gustó; formé el proyecto de retirarle de allí: se me concedió al momento el permiso, y le adopté; ved, señor, el documento de cesion que me entregaron entonces, y al mismo tiempo la copia de mi recibo.

*Presenta los papeles á D. Timoteo, quien los hace ver al Marqués y á D. Fernando.*

*Mar.* Todo está muy bien dispuesto.

*Vesp.* Y todo me huele á boda. (*ap.*)

*Tim.* Ved tambien al Caballero Director que le aceptó por mandato del gobierno; aquí están todas las pruebas de su ilustre nacimiento.

*El Director del Conservatorio de huérfanos habrá sacado una cajita; D. Timoteo coge una silla, la coloca junto al Marqués, y va sacando lo que espresan los versos.*

Este es el collar que entonces el niño llevaba puesto, el retrato de su padre, y los demas instrumentos legalizados do consta por menor todo el suceso; el pleito que se siguió, y la copia del decreto del tribunal. Lea usted este papel á mas de esto.

*Le entrega al Marqués, y lee.*

*Marq.* «Declaro el abajo firmado, que  
«el niño que lleva puesto un me-  
«dallon con el lema: *Infortunium,*  
«*et veritas,* es hijo mio, y de Ho-  
«noria Oliveri, con quien contra-  
«ge matrimonio en Firenze. El tri-  
«bunal le condena al lugar del o-  
«probio, pueda él libertarle de la  
«persecucion de su abuelo: si so-  
«brevivo á mi padre, ó este se a-  
«placa, yo mismo vendré á quitar-

«le de la obscuridad; si muero....

*Tim.* En efecto, el infeliz murió sin este consuelo.

*Continúa el Marq.* «Si muero, con-  
«fio su suerte á la compasiva hu-  
«manidad, y á la clemencia del  
«cielo. Yo el Caballero Octavio de  
«los Arcos de Bolonia.»

*Tim.* Qué le ha parecido á usted?

*Marq.* Qué á vista del documento no puedo dudar. *Eleon.* Oh dia feliz! *Vesp.* Si lo iba diciendo yo.... las señas no podian mentir.... su hablar, su talento, su bondad, su discrecion, todo era de caballero.

*Tim.* Ya veis, pues, que no es indigno de que le admitais por yerno.

*Bar.* Cómo es esto? La nobleza no sirve para el puchero, señor mio; de efectivo se debe tratar primero.

*Tim.* Como á su padre infeliz no reconoció su abuelo, de efectivo.... me parece....

*Bar.* Marqués, sóplate ese huevo, ya sabes lo que te toca, cargar con hija, con yerno, con los gastos de la boda, y la caterva de nietos que salen en estos casos por escotillon. *Tim.* Es cierto, pero el reparar la fama....

*Bar.* Qué fama ni que once cuernos! Reparar primero el hambre que es lo que aprieta primero. Con qué mantendrá la novia ese jóven inesperto si no tiene mayorazgo, ni industria para el efecto?

*Tim.* Pero tendrá de seguro un capital á lo menos de seiscientos mil escudos, que dará al cuatro por ciento viente y cuatro mil al año.

Digo! es moco de pavo eso?

*Bar.* Y de quién podrá adquirir....

*Tim.* De mí; yo fuí el heredero del Conde Claudio mi hermano, pero no soy tan perverso,

que acepte ese capital  
en perjuicio de tercero.  
Lo que él debía heredar  
muy gustoso le devuelvo;  
y á mas de esto, de lo mio  
sé lo que en mi testamento  
debo hacer en su favor.

Con tales merecimientos,  
será digno de la mano  
de esta señora?

*Marq.* Yo acepto,  
si ella gustosa....

*Bar.* Pues no!

No ves que se está muriendo  
por verse novia? Sobrino,  
siendo así, mano, y laus deo.

*Cab.* Ah Eleonora! Dulce amiga!  
perdona de amor los yerros,  
que si con viles disfraces  
me hice digno del desprecio  
de los hombres de bien, ya  
que hoy compadecido el cielo  
borra de mi noble frente  
la marca de vilipendio,  
serán todas mis acciones  
muy dignas de un caballero.  
Besa por primera vez,  
y en prueba de tu respeto,  
la mano á esta infelice  
señora, pues llegó el tiempo

de que la trates cual madre:  
encuentre ella en los postreros  
años de su vida, en tí  
una amiga, y en el pecho  
de este huérfano infeliz  
todos aquellos consuelos  
que á la maternal ternura  
tiene reservado el cielo.

*Tim.* No baila usted todavía,  
señor Baron?

*Bar.* Bailaremos.

*Fern.* Sí, que mas vale bailar  
que desconfiar.

*Bar.* Es muy cierto;  
mas yo lo haré todo junto.

*Fern.* Por qué?

*Bar.* Porque ese es mi genio,  
y al cabo de mi vida  
no admito yo estilos nuevos.

*Eleon.* Feliz dia!

*Fern.* Y mas feliz,  
si á vista de este suceso  
las jóvenes inespertas  
de tu edad toman egemplo:  
es muy fácil el errar,  
pero cometido el yerro,  
no siempre les será fácil  
(para evitar los efectos)  
ver á un mozo del café  
convertido en caballero.

*Eleonora besa la mano á D.<sup>a</sup> Honor.*

F I N . .

*Valencia: Imprenta de José Gimeno. 1823.*

---

Véndese en su librería, frente al Miguelete, como tambien  
un gran surtido de comedias antiguas y modernas,  
tragedias, sainetes y unipersonales.